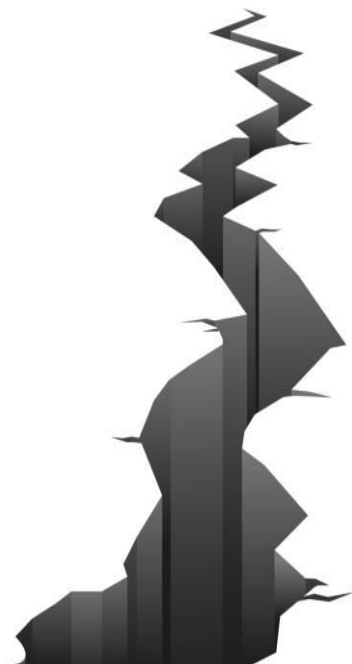


DIABÓLICAMENTE DIVIDIDOS



OSVALDO REBOLLEDA

DIABÓLICAMENTE DIVIDIDOS



Oswaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Aliento de Vida (Orihuela)**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

IA solo revisión ortográfica

Escrito y editado íntegramente en España

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Para que el mundo crea.....	9
Capítulo dos:	
Divinamente separados.....	25
Capítulo tres:	
Divisiones y divisiones, costos y beneficios.....	39
Capítulo cuatro:	
Divisionistas sin temor.....	53
Capítulo cinco:	
Los pastores y las divisiones.....	69
Capítulo seis:	
La mente de los divisionistas.....	87

Capítulo siete:

Causas y consecuencias.....104

Reconocimientos.....118

Sobre el autor.....120



INTRODUCCIÓN

“Más os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos”

Romanos 16:17

Hace apenas unos días, un pastor amigo me escribió un mensaje preguntándome si tenía algún libro que hablara sobre las divisiones en la Iglesia. Le respondí que había escrito bastante sobre el tema en diversos libros, mencionando actitudes, engaños, mentiras o deslealtades, pero que no tenía uno que tratara exclusivamente sobre las divisiones en la Iglesia.

Él me sugirió escribirlo y me pidió que citara su idea, lo cual hago al mencionar la situación, reconociendo además que me pareció una excelente sugerencia. Al profundizar en este tema, puse varios proyectos que ya había comenzado y decidí dedicarme a este, porque comprendí la necesidad urgente de abordarlo desde una perspectiva diferente.

La división causa un daño enorme en el seno del pueblo de Dios. Por eso, la Biblia está llena de advertencias contra este mal, así como exhortaciones dirigidas a nosotros, los hijos de la Luz, a ser ***“solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”*** (Efesios 4:3).

Considero que incluso el título de este libro es contundente, ya que, en muchos casos, las divisiones son el resultado de influencias diabólicas que comienzan en la mente de quienes las provocan. No obstante, me siento en la obligación de expresar un punto de vista particular: creo que la Iglesia en sí misma no puede ser dividida, ya que el Señor es quien la ha unido. Lo que se divide son denominaciones, congregaciones, grupos de trabajo o incluso familias, pero la Iglesia, como cuerpo espiritual, es indivisible.

Entender esto es crucial, porque sana corazones, disipa frustraciones y renueva nuestra consciencia sobre nuestras acciones personales. Este flagelo de las divisiones diabólicamente provocadas nos revelará cómo opera el enemigo en este tiempo tan singular.

Si analizamos la historia, notaremos que esta obra divisoria ha sido constante en sectores de la Iglesia a lo largo de los siglos, porque ciertamente el enemigo ha obtenido resultados favorables para sus fines. También observaremos que sus tácticas no han variado mucho con el tiempo, y que aún hoy continúan operando. Sin duda, él sigue fomentando divisiones en muchas congregaciones y familias cristianas.

Obviamente, no podemos esperar que el enemigo sea creativo, ya que la creatividad es atributo exclusivo del Padre. Sin embargo, es claro que si algo le funciona, lo repetirá indefinidamente. Aunque él siga siendo el mismo, su audiencia se renueva constantemente. No obstante, esto no debería ser una excusa para nosotros, ya que tenemos

suficientes registros bíblicos e históricos para no caer en sus artimañas.

Este libro me ha sorprendido gratamente. Al enfocarme exclusivamente en el tema, descubrí su verdadera trascendencia. Por esta razón, recomiendo su lectura a todo pastor o líder. No tengo un interés personal en hacer esta sugerencia, salvo la certeza de los beneficios que puede brindar.

Aquellos que decidan profundizar en el Reino de Dios y en las operaciones de las tinieblas encontrarán en sus páginas un recurso valioso. Lo digo sin jactancia, plenamente consciente de los resultados de la gracia divina, pero también sabiendo cuándo un material merece ser leído.

Como ministro de esta generación, tengo una gran esperanza en la Iglesia de los últimos tiempos, no tanto por su estado actual, sino por las palabras proféticas que la envuelven. El Señor nunca ha dejado de ser la cabeza de la Iglesia. Por ello, muchos comprenderán, muchos otros despertarán de su letargo, muchos serán sacudidos profundamente, y algunos incluso tendrán que partir antes de tiempo. Pero la Iglesia será lo que debe ser en los tiempos venideros.

Espero que todos los pastores y líderes que lean estas palabras reflexionen sobre sus actitudes, acciones y planes futuros. Trabajo con pasión para ser un vocero eficaz del Rey de Gloria, comprenderán que en esta etapa de mi vida, no

tengo reservas, ni temores, ni moderación para decir ciertas cosas. No estoy en la búsqueda de agradar a nadie, aunque me alegra cuando lo consigo, esa no es mi prioridad. No hay tiempo para postergar ciertos mensajes que deben ser expresados, y solo deseo que podamos comprender la importancia de conocerlos.

Ruego a Dios que, en Su luz, podamos ver y vernos profundamente. Que, en dependencia de Su Espíritu, seamos guardados de toda influencia maligna. Que nuestra mente sea el taller de Dios, y nuestro corazón el centro de operaciones del Reino. Que podamos servir y honrar a al Señor, ungidos con la verdad y amparados en Su justicia.

“Mantengámonos firmes, sin dudar, en la esperanza de la fe que profesamos, porque Dios cumplirá la promesa que nos ha hecho. Procuremos ayudarnos unos a otros a tener más amor y hacer el bien. No dejemos de asistir a nuestras reuniones, como hacen algunos, sino animémonos unos a otros; tanto más cuanto que vemos que el día del Señor se acerca”.

Hebreos 10:23 al 25



Capítulo uno

PARA QUE EL MUNDO CREA

“Buscad en el libro del Señor, y leed: Ninguno de ellos faltará, ninguno carecerá de su compañera. Porque su boca lo ha mandado, y su Espíritu los ha reunido”.

Isaías 34:16

El diseño de Dios para los hombres fue siempre vivir en plena comunión espiritual. La palabra comunión es la traducción española de términos provenientes de la raíz hebrea “*chavar*” y de la raíz griega “*koin*”, que significan “unión común” o “vínculo de propósito compartido”. Lamentablemente, el pecado produjo división entre Dios y los hombres (**Isaías 59:2**).

En realidad, la primera separación no ocurrió entre Dios y los hombres, sino entre un querubín aparentemente perfecto que se enaltecía a tal grado que generó una rebelión contra Dios (**Ezequiel 28:15 y 16**). Este querubín fue expulsado de su posición, y desde entonces se le conoce como el diablo, nombre que significa “calumniador” o “adversario”.

Ese mismo ser, a través de la serpiente, tentó a Eva para que comiera del árbol de la ciencia del bien y del mal, lo cual sí, provocó la separación espiritual de los seres humanos con Dios. Por supuesto, en ambos casos, tanto Lucifer como los seres humanos, son los que perdieron su posición o ámbito de gobierno. Por causa de estas rebeliones, Dios no vio comprometido Su Reino, sino que fueron las criaturas creadas las que terminaron separadas de Dios, y perdieron todos sus beneficios reales.

El origen etimológico de la palabra división proviene del verbo “*dividere*”, del latín, que significa “partir” o “separar en dos o más partes”. La separación entre quienes pecan y el Dios Santo, ha sido una constante desde los días del Edén. Solo la obra redentora de Jesucristo hizo posible la restauración de la verdadera unidad.

Históricamente, tenemos registros de innumerables ocasiones en las que el Señor intentó sostener una relación con los hombres, pero siempre fue muy difícil, ya que desde el principio, la intención del corazón humano ha sido hacer el mal (**Génesis 6:5**). Esto provocó varios juicios por parte de Dios, pues Su justicia es innegociable.

El juicio más importante ocurrió en la cruz del Calvario. De manera natural, Jesús enfrentó seis juicios: tres en una corte religiosa y tres ante una corte romana. La noche en que fue arrestado, fue llevado ante Anás, Caifás y la asamblea de líderes religiosos conocida como el Sanedrín (**Juan 18:19 al 24**). Después, fue presentado ante Pilato, el

gobernador romano (**Juan 18:23**), enviado a Herodes (**Lucas 23:7**) y, finalmente, regresado a Pilato (**Lucas 23:11 y 12**), quien lo condenó a morir. Sin embargo, en un sentido más profundo, los pecados de toda la humanidad fueron juzgados en Él.

Durante estos juicios religiosos, se cometieron muchas ilegalidades. Ningún juicio debía llevarse a cabo durante una celebración, pero Jesús fue juzgado en la Pascua. Además, cada miembro de la corte debía votar individualmente para condenar o absolver al acusado, pero Jesús fue condenado en medio del desorden y los gritos.

Los judíos religiosos, no tenían autoridad para ejecutar a nadie, por lo que utilizaron el poder romano para condenar a Jesús. Ningún juicio debía llevarse a cabo por la noche, pero este se realizó antes del amanecer, dejando en evidencia el accionar de las tinieblas. Se debía proporcionar al acusado un abogado o representante, pero Jesús no tuvo ninguno.

Los juicios ante las autoridades romanas comenzaron con Pilato, quien no encontró motivo alguno para ejecutar a Jesús, por lo que lo envió a Herodes (**Lucas 23:7**). Herodes ridiculizó a Jesús, pero, queriendo evitar la responsabilidad política, lo devolvió a Pilato. Este, intentando aplacar la animosidad de los judíos, lo hizo azotar, pero finalmente lo crucificó cuando la multitud lo proclamó reo de muerte, y eligieron la liberación de Barrabás antes que la de Jesús.

Los juicios de Jesús representan la máxima injusticia en la historia de los tribunales humanos, ya que el hombre más inocente que jamás haya vivido, fue encontrado culpable de varios crímenes y condenado a morir crucificado. Sin embargo, también sabemos que Dios Padre, permitió que esto ocurriera para juzgar en el Hijo los pecados de toda la humanidad.

Así, en la misma Pascua, Jesús se convirtió en el inocente Cordero que murió por los pecados de todos, permitiendo en su muerte y resurrección la reconciliación eterna: ***“Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz”*** (Colosenses 1:19 y 20).

El término reconciliar es la unión del prefijo ***“re”*** y el verbo ***“conciliar”***, lo que indica volver a un estado de unión. Es la acción de componer y ajustar los ánimos de aquellos que estaban separados. La obra de la cruz fue diseñada para acabar con la división entre Dios y los hombres. Jesucristo fue partido para unirnos a nosotros (**1 Corintios 11:24**), por lo cual, si valoramos la obra de la cruz, debemos valorar el poder de la unidad y dimensionar lo perversa que puede ser la división a los ojos de Dios.

Justo antes de entregarse en la cruz, Jesucristo oró al Padre por sus discípulos y por nosotros, pidiendo que la unidad fuera verdaderamente perfecta:

“Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado...”

Juan 17:20 al 23

Sin duda, la íntima asociación que compartían Jesús y sus seguidores estableció las bases para que la Iglesia comprendiera el sentido de la comunión después de la Pascua. El modelo de abnegación y humildad, demostrado por Jesús a través de Su vida y el sufrimiento padecido en la cruz del Calvario (**Filipenses 2:5 al 8**), fue y debería seguir siendo, una distinción en la vida normal de todo discípulo del Señor.

Es impactante comprobar que la unidad de la Iglesia es lo que puede generar credibilidad en el mundo. Incluso Jesús mismo dijo que el hecho de haber sido enviado por el Padre podría ser de alguna manera certificado por la unidad de la Iglesia. Esto es trascendental y comprometedor, porque está en nosotros la responsabilidad de abrir o cerrar el acceso de la gente a la vida del Reino.

Es evidente entonces, los motivos por los cuales, el enemigo procura influenciar el pensamiento de los cristianos

para romper la verdadera comunión espiritual. La pregunta es: ¿Puede realmente el diablo, influenciar a los cristianos de manera tal, que logre consumir sus intenciones? Bueno, Santiago dijo que los cristianos debemos resistir al diablo para que huya de nosotros (**Santiago 4:7**). No diría tal cosa si no hubiera la posibilidad de que el diablo tuviera alguna oportunidad.

Por su parte, Pablo escribió: ***“Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos os pongáis de acuerdo y que no haya divisiones entre vosotros, sino que estéis enteramente unidos en un mismo sentir y en un mismo parecer”*** (1 Corintios 1:10 al 13). No habría dicho esto si no fuera posible que ocurriera lo contrario.

También escribió a la misma congregación: ***“Pues, en primer lugar, oigo que cuando os reunís como iglesia hay divisiones entre vosotros; y en parte lo creo”*** (1 Corintios 11:18). De hecho, también aconsejó a los hermanos en Roma que tuvieran cuidado con aquellos que causan divisiones: ***“Os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos”*** (Romanos 16:17).

Hay otros ejemplos, pero por ahora estos son suficientes para entender que las operaciones del maligno son posibles mediante su influencia.

Ahora bien, mencioné al principio que la Iglesia del Señor es indivisible, y deseo explicar a qué me refería. La Iglesia no es una institución religiosa, sino un organismo vivo y espiritual. Es el cuerpo por medio del cual Cristo expresa Su vida. Este cuerpo está compuesto por todos los renacidos del mundo, sin importar nacionalidad, ciudad de residencia o denominación alguna.

Bíblicamente, tenemos una visión integral de la Iglesia como un solo cuerpo, pero, al mismo tiempo, vemos cartas dirigidas a iglesias en diferentes ciudades, como Roma, Corinto, Galacia, Filipos, Tesalónica o Colosas. De igual manera, Jesús envió mensajes a las siete iglesias de Asia Menor: Pérgamo, Tiatira, Sardis, Éfeso, Esmirna, Filadelfia y Laodicea. Esto muestra que podemos ver a la Iglesia de manera global como un solo cuerpo, y a la vez considerarla según las ciudades, sin perder su sentido de pertenencia.

Es decir, de la misma manera que un cuerpo está compuesto de diferentes miembros y es uno solo, la Iglesia está compuesta de muchos miembros, y también es una sola (**1 Corintios 12:12**). Estos miembros congregan en diferentes grupos o congregaciones, pertenecientes a países, provincias o ciudades, y dichos grupos también son llamados asambleas.

Recordemos que la palabra iglesia proviene del latín “*ekklesía*”, que significa “asamblea”, la cual se define como la congregación de los fieles cristianos. Entonces, si observamos la Iglesia de manera corporativa, es indivisible,

porque los hermanos que se van de una congregación a otra, aun cuando cambian de ciudad, no se van de la Iglesia ni dejan de ser miembros del cuerpo de Cristo, simplemente cambian de congregación.

Estas congregaciones pueden dividirse, y eso es lo que Pablo trataba de impedir. Un equipo pastoral puede dividirse, un grupo de trabajo o una célula puede dividirse, pero esa división no afecta al cuerpo en su esencia, aunque sí puede afectar su expresión entre los cristianos, y lo que es peor, puede generar una opinión negativa entre quienes observan desde afuera.

Nosotros podemos ver a la Iglesia desde una perspectiva espiritual y percibir su unidad o su manifestación más allá de los edificios o las expresiones litúrgicas, pero el mundo solo puede observarla a través de sus manifestaciones físicas. Un ejemplo de esto, es el fruto del Espíritu, que es espiritual pero se expresa de manera tangible a través de acciones humanas aparentemente naturales.

Nosotros, como hijos de Dios, podemos ver el fruto espiritual, pero la gente solo verá la manifestación del amor a través de las obras, así como la paz, la paciencia, la mansedumbre, la templanza, la benignidad y la fe (**Gálatas 5:22 y 23**). Nosotros sabemos que en la fructificación, Dios se expresa espiritualmente, pero el mundo no lo percibirá de esa manera, al menos al principio.

Cuando los grupos o congregaciones se separan en medio de conflictos, quedan heridas, dolores, murmuraciones y críticas, mostrando muchas veces lo peor de los hijos de Dios al mundo. Tal vez nosotros veamos estas divisiones como el resultado de hostilidades espirituales, pero es inevitable que las malas acciones generen críticas contra la Iglesia por parte de los impíos. Esto siempre es negativo, porque quienes ven la falta de unidad en los que dicen creer en el amor de Dios, desacreditan el evangelio.

Los líderes de hoy en día, también deberíamos hacer una mea culpa, en lugar de señalar a otros como responsables. Si somos ministros de esta generación, deberíamos pedir perdón y cambiar nuestras actitudes de egoísmo y vanidad. Alguien podría alegar su inocencia, diciendo que nunca ha causado una división, y quizá yo tampoco lo he hecho conscientemente en mi vida, pero eso no importa. Todos deberíamos volvernos a Dios en busca de perdón para que la Iglesia cambie.

Nosotros no estuvimos judaizando en el primer siglo, ni formamos parte de la estructura católica de Roma, ni generamos tendencias reformistas que derivaron en denominaciones exclusivas, ni fuimos parte de las perversas inquisiciones que intentaron ahogar la libertad. Quizás tampoco hemos sido parte de las estructuras de nuestras denominaciones, ni hemos causado pleitos entre ministros, pero reitero, eso no importa. Al igual que Daniel, deberíamos clamar como si fuéramos responsables.

Cuando Daniel estaba cautivo en Babilonia, leía permanentemente las Escrituras. De repente, leyendo al profeta Jeremías, fue tocado por el Señor, quien despertó su entendimiento de la buena Palabra. Entonces, Daniel comprendió que era el tiempo de clamar por la liberación de su pueblo. Se entregó en ayuno y oración ferviente, y dijo a Dios:

“Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impíamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas. No hemos obedecido a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la confusión de rostro...”

Daniel 9:5 y 6

Daniel había sido deportado a Babilonia cuando apenas era un joven adolescente, y cuando oró a Dios, habían pasado setenta años de su cautiverio. Él no había sido responsable directo de nada. No había pecado contra Dios, sin embargo, hizo confesión. No había cometido iniquidad, ni se había comportado impíamente, ni había sido rebelde apartándose de los mandamientos del Señor; sin embargo, confesó como tuyas las faltas de sus antepasados, y Dios no le dijo: ¡Tú no has hecho nada!, sino que aceptó su confesión.

Si en verdad deseamos un cambio en la Iglesia de hoy, debemos confesar más de dos mil años de injusticias, de estructuras religiosas, de manipulaciones y de orgullo

espiritual. La Iglesia, como cuerpo espiritual, ha prevalecido, pero la gestión humana ha sido lamentable. Nos hemos dividido sin temor, hasta convertirnos hoy en día en un conjunto de pequeñas congregaciones que se disputan como enemigas, un reducido número de creyentes.

Los consejos pastorales de las diferentes ciudades están tristemente divididos. Todos compiten entre sí, se critican y se descalifican peligrosamente. Y aclaro esto para que podamos comprender la situación: todos somos íntegros, todos somos buenos ministros y todos servimos a Dios con pasión. No me atrevo a pensar otra cosa, pues conozco en el servicio a gente extraordinaria. Pero deberíamos preguntarnos: si esto es así, ¿por qué estamos como estamos?

Después no queremos que algunos hermanos generen rebeliones o divisiones, pero la verdad es que el problema no es ascendente, sino descendente. Si los pastores nos dividimos y manifestamos claramente nuestras discrepancias, la gente no será mejor que eso. Es verdad que podemos aducir malas actitudes de otros, falta de ética o deslealtad ministerial, pero el que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

Por otra parte, hay una creciente ola de críticas respecto a doctrinas o puntos de vista. Las redes sociales se están utilizando para atacar a consiervos de manera despiadadamente diabólica. No importa quién tenga razón, porque no se trata de razones, sino de no atacar públicamente a la Iglesia del Señor. Realmente creo que aquellos que hacen

esto sin temor, un día tendrán que ver al Señor cara a cara, y no podrán presentarse como los grandes policías del Reino. ¡Nadie podrá hacerlo!

Los ignorantes no comprenden la diferencia entre exponer una falsa doctrina, una falsa unción, o un falso ministerio dentro del seno de la Iglesia, y hacerlo públicamente en una red social, donde cualquier persona puede ver las porquerías que algunos predicán o practican. Como verán, no definiendo lo malo en las Iglesias, y ojalá todo lo falso pueda ser limpiado por el Señor, pero eso no justifica que aquellos que se creen muy decentes se arroguen el derecho de exponer públicamente la basura a vista de todo el mundo.

Las personas no cristianas solo escuchan, miran o leen lo que se ventila en esos medios, y luego terminan pensando que toda la Iglesia es igual, que todos los pastores somos iguales. Esto es una acción completamente contraria a lo que Jesús oró al Padre, pidiendo que todos seamos perfectos en unidad para que el mundo crea. ¿Quién va a creer con el grado de críticas que algunos exponen en las redes sociales?

Reitero, no digo que debemos ignorar lo malo; por el contrario, debemos estar bien atentos para no caer en ello. Lo que digo es que no podemos ser tan ignorantes como para exponer la basura en redes sociales. El apóstol Pablo expuso a los falsos, y el Señor mismo elogió a la iglesia de Éfeso, reconociendo que no podían soportar a los malos y que habían probado a los que se decían ser apóstoles y no lo eran,

hallándolos mentirosos. Pero ni Pablo ni Jesús tenían Facebook, Instagram o YouTube.

En una ocasión subí un video titulado “Nada falso hay en la Iglesia”, y recibí tremendas críticas y comentarios, aun sin que los críticos vieran el video, porque fue muy claro que estaban analizando el título, pero no el contenido. La verdad es que el título solo era un juego de palabras, porque la enseñanza, estaba basada en el concepto de que, si algo es falso, no es parte de la Iglesia, simplemente es falso.

Es decir, si alguien recibe un billete pensando que son cien dólares, pero resulta ser falso, en realidad no le dieron dólares, le dieron un papel que parece ser cien dólares, pero no lo es y nunca lo será. Este mismo concepto enseñé en ese video. Dije que los cajeros de banco no conocen ni estudian los billetes falsos, sino que se ocupan de conocer los verdaderos, de manera que si en algún momento tocan uno falso, lo detectan aun sin mirarlo.

No deberíamos gastar tanto tiempo en criticar lo que no es. Podemos exponer lo falso en la intimidad de la Iglesia, pero debemos ignorarlo públicamente, porque el Señor ya nos dijo que habría falsos pastores, falsos profetas, falsos apóstoles, falsos maestros, falsas unciones, falsos hermanos e incluso falsos cristos. No debería parecernos la gran cosa. Ya estamos advertidos, por lo que no deberíamos perder potencial hablando tanto de lo falso; más bien, deberíamos enfocarnos en predicar el verdadero evangelio del Reino, que es lo que el Señor nos ordenó hacer (**Mateo 24:14**).

Cuando hablo con hermanos que no se están congregando, me doy cuenta de que muchos tienen la cabeza totalmente contaminada con críticas destructivas. Esa gente duda de todo y de todos, desconfía sin utilizar discernimiento, rechaza toda autoridad legítima y deja de ser útil al propósito. La culpa no es solo de ellos por consumir esa basura, sino de aquellos que se dejan usar diabólicamente creándola y difundiéndola.

Entonces, ¿qué hacemos con tantas mentiras? Nosotros debemos ocuparnos de la verdad. Somos comunicadores de la verdad, no basureros del Reino, recolectando todo lo falso para tratar de reciclarlo. Esa mentalidad es diabólica, porque solo encuentra valor en la basura y cree que hay alimento para el pueblo en esos desechos tóxicos.

Alimentemos al pueblo con la Palabra de verdad, entreguemos el pan fresco, el que viene del cielo, el que no está contaminado con ninguna levadura. ¿Quieren ver la Iglesia que Pablo vio? ¿Quieren imitar su actitud? Yo ciertamente lo deseo, y lo puedo ver claramente cuando leo este pasaje:

“Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados.

Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.

Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos”.

Efesios 4:1 al 6

Yo no puedo ver dos cuerpos en este pasaje, no puedo ver dos Espíritus, ni dos esperanzas, ni dos tipos de fe diferentes. No veo muchos bautismos, ni padres diferentes; solo veo un diseño divino concebido en la esencia de la unidad. Nadie puede dividir esto, salvo la imaginación de los superficiales, que no logran ver a la Iglesia espiritualmente y, por tal motivo, se tornan agresivos contra todo, en lugar de separar la verdad de la mentira.

Debemos tener cuidado de no caer en el pecado de Moisés, no sea que, tratando de defender a Cristo, terminemos golpeándole con el cayado, pensando que la violencia, de cualquier tipo, puede servir al avance del pueblo. Cuidado, amados hermanos, la Iglesia verdadera no puede dividirse en su esencia espiritual, pero muchos la están quebrantando con sus intolerantes actitudes públicas.

Usemos las redes sociales para publicar lo bueno, para exaltar la obra de Cristo, para comunicar fe, esperanza y vida. No las usemos para exponer basura que nada tiene que ver con la preciosa Iglesia del Señor.

“La congregación de los que creyeron era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo lo que poseía, sino que todas las cosas eran de propiedad común”.

Hechos 4:32



Capítulo dos

DIVINAMENTE SEPARADOS

“Eché, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida”.

Génesis 3:24

Para ser objetivo en la enseñanza, debo dedicar este capítulo a exponer claramente que no todas las divisiones son diabólicas o humanamente perversas; algunas son permitidas por Dios. Creo que es vital comprender bien esto, porque así como debemos evitar las divisiones diabólicas, también debemos procurar las divinas en su tiempo y forma.

Como mencioné en el capítulo anterior, el diseño de Dios era la comunión con el hombre, pero el pecado hizo que lo expulsara del huerto del Edén. De hecho, no solo lo expulsó, sino que puso un temible guardia para impedir todo intento de regreso. La espada encendida no solo representaba justicia, sino también muerte, porque el Dios Santo no estaba dispuesto a negociar una unidad con los pecadores.

Después de esto, cada vez que Dios procuró un acercamiento con los hombres, lo hizo a través de la sangre inocente derramada en los altares, y finalmente en la cruz. Algunos predicar solo sobre el perdón, pero no explican la justicia. El perdón es extraordinario, pero solo la justificación puede salvar eternamente. Con esto en mente, debemos entender que Dios solo puede permitir la unidad bajo Sus propios términos.

Cuando los hombres, de manera desafiante, aun después del diluvio universal, intentaron edificar una torre llamada Babel, Dios tuvo que intervenir nuevamente, separándolos, ya no de Él, sino entre ellos mismos. ***“Y dijo Dios: He aquí el pueblo es uno, y todos ellos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero”*** (Génesis 11:6 y 7).

La humanidad decidió construir una gran ciudad y congregarse en ella. Decidieron erigir una torre gigantesca como símbolo de su poder, para hacerse un nombre (**Génesis 11:4**). En respuesta, Dios confundió los idiomas para que no pudieran comunicarse entre ellos. El resultado fue que las personas se agruparon con aquellos que hablaban su mismo idioma y luego se dispersaron por el mundo (**Génesis 11:8 y 9**). Dios confundió sus lenguas en la torre de Babel para hacer cumplir Su mandato de que la humanidad se esparciera por toda la Tierra (**Génesis 9:1**).

Dios se enojó con los hombres porque el proyecto de la torre fue un acto de rebelión contra Él. El líder de este movimiento fue Nimrod, cuyo nombre proviene de una raíz que significa “rebelarse”. El lenguaje usado también sugiere que fue un gran cazador de personas, actuando “en desafío” a la orden del Señor.

La torre de Babel no fue simplemente un rascacielos; pretendía ser un centro de falsa adoración. Esto es evidente porque llamaron a la ciudad Babilonia, o “*Bab-ilani*”, que significa “puerta de los dioses”. Dios no estaba preocupado por el progreso de los hombres, como algunos sugieren, sino que deseaba frenar el avance del pecado en la humanidad.

Dios confundió sus lenguas; la palabra hebrea “*balbel*”, proveniente de “*balal*”, significa “confundir”. Sin la capacidad de comunicarse, abandonaron su proyecto de construcción. Esa división divina hizo que las personas gravitaran hacia quienes pudieran entender y se dispersaran en grupos lingüísticos, cumpliendo así la orden de Dios de llenar la Tierra.

Dios dividió a la humanidad en grupos étnicos, pero no los rechazó. Tenía un plan para su salvación, y por eso el siguiente evento que narran las Escrituras es el llamado a un hombre proveniente de la región babilónica, llamado Abraham. Dios le hizo una promesa que contrasta deliberadamente con el juicio que cayó sobre Babel.

Curiosamente, una vez más, la intervención divina generó una división o separación, en este caso familiar. Dios le dijo a Abram: ***“Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré”*** (Génesis 12:1). Aquí encontramos un plan, pero su ejecución requería una división familiar, porque Dios no estaba interesado en Taré ni en la cultura idólatra de los parientes de Abram, sino únicamente en él.

Los hombres, en Babel, pretendieron hacerse un nombre grande para sí mismos, pero Dios prometió algo superior al patriarca: ***“Haré de ti una nación grande, te bendeciré, engrandeceré tu nombre, y serás bendición”*** (Génesis 12:2). La maldad de los hombres trajo el juicio divino que los dividió en familias étnicas, pero, con el tiempo, Dios separó a Abram de la suya, con la intención de bendecir, a través de su descendencia, a todas las familias de la tierra (**Génesis 12:3**).

En otras palabras, Dios no divide para generar maldad, sino para avanzar en Su propósito. Él busca debilitar lo malo a la vez que procura la unidad de lo bueno. Por eso encontramos pueblos, familias o incluso denominaciones que son divinamente separadas.

La preocupación de Dios siempre ha sido por todas las personas y culturas. Nunca ha pretendido ser meramente el Dios de Israel. Eligió a Abraham y a la nación de Israel, pero siempre con el fin de proveer Su Palabra y a Su Salvador a través de ellos para todo el mundo. Aun así, la única manera

de lograrlo fue separándolos continuamente de las demás naciones.

Esto no quiere decir que no haya amado a Israel de manera muy especial, pues negar tal cosa sería negar las Escrituras (**Isaías 43:4**). Lo que sostengo es que Su proyección era hacia la humanidad entera, pero, para lograrlo, se enfocó en Israel, ya que de esa nación, surgida de Abraham, nacería Su Hijo Jesucristo.

Este enfoque generó una presión sobre Israel, para que no se aliara de ninguna manera con las naciones extranjeras. Esto puede parecernos lógico a quienes conocemos las Escrituras, pero cualquiera que no conociera la historia, podría pensar que Dios los llamaría a la paz con todas las naciones, y no a la guerra o la hostilidad. Sin embargo, el pueblo de Israel fue divinamente separado de todos los demás.

Primero fueron separados de Egipto a través de la liberación llevada a cabo por Moisés. Pero, apenas llegaron al desierto, el Señor les encomendó que tuvieran mucho cuidado de no juntarse con los gentiles ni de hacer alianzas con ellos de ningún tipo.

“No sea que hagas pacto con los habitantes de aquella tierra, y cuando se prostituyan con sus dioses y les ofrezcan sacrificios, alguien te invite y comas de su sacrificio; y tomes de sus hijas para tus hijos, y ellas se

prostituyan con sus dioses, y hagan que también tus hijos se prostituyan con los dioses de ellas”.

Éxodo 34:15 y 16

El Señor les hizo esta recomendación en varias ocasiones, aunque al final, los extranjeros se convirtieron en un gran tropiezo para los israelitas. Lo menciono porque hay separaciones que son necesarias y que indudablemente provienen de la voluntad divina. De hecho, aun en estos tiempos, aunque no seamos israelitas, somos el pueblo de Dios, la nación santa, y si bien debemos ser luz y sal entre los pueblos, no debemos caer en los encantos del sistema.

Cuando Juan dice: ***“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo...”*** (1 Juan 2:15), no está contradiciendo el amor del Padre (**Juan 3:16**), sino que nos enseña que debemos comportarnos como embajadores de Cristo, sin caer en las tentaciones del sistema. ***“Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo”*** (1 Juan 2:16).

Sin duda, hay separaciones generadas por el Señor. Él desea que prediquemos a todos, pero no que nos relacionemos descuidadamente con todos. No debemos olvidar que, en todo tiempo, somos ciudadanos del Reino, y aunque todo nos es lícito, no todo nos conviene (**1 Corintios 10:23**). Debemos ser luz, sin tener comunión alguna con el pecado.

Dios nos dice que debemos establecer nuestras prioridades conforme al sistema de valores del Reino. Estamos llamados a buscar primeramente Su voluntad y Su justicia (**Mateo 6:33**), porque nadie puede servir a dos señores (**Mateo 6:24**). No podemos dedicarnos a Dios y, al mismo tiempo, enfocarnos en los tesoros del mundo, en sus filosofías o en las prioridades que el mundo nos impone. Amar al mundo como lo hacen los incrédulos paraliza nuestro crecimiento espiritual y nos hace inútiles para el Reino de Dios (**Mateo 3:8**).

Cuando los israelitas entraron a tomar posesión de la tierra prometida, cayeron muchas veces en las trampas de los extranjeros. Si observamos el libro de los Jueces, veremos que se repite una expresión: ***“Entonces los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos del Señor”***. Esto ocurrió porque se dejaban seducir por las mujeres extranjeras y por la adoración a falsas deidades.

Para corregirlos, el Señor permitió en varias ocasiones la opresión de los mismos extranjeros, quienes les robaban las cosechas, violaban a sus mujeres y esclavizaban a sus hijos. Entonces los israelitas clamaban a Dios, y cuando se arrepentían, el Señor les levantaba jueces que los liberaban con poder. Este ciclo se repitió varias veces, y hoy, nosotros debemos interpretar estas experiencias espiritualmente y tomarlas como grandes lecciones para nuestra vida.

Por otra parte, la separación que Dios quería para los israelitas no solo era con los extranjeros, sino también con

aquellos que, siendo parte del pueblo, se desviaban de la verdad. Un claro ejemplo es cuando Moisés subió al monte para hablar con Dios, y el pueblo, impaciente por su ausencia, le imploró a Aarón que les hiciera un ídolo. Aarón moldeó un becerro de oro, y el pueblo le ofreció sacrificios, luego comió, bebió y celebró.

Dios, sabiendo lo que ocurría, le dijo a Moisés que el pueblo había pecado gravemente y era digno de juicio. Moisés imploró por ellos, recordando a Dios Su promesa a Abraham, Isaac y Jacob. Luego bajó del monte con las tablas de la Ley y, con gran furia, las rompió ante todos. Quemó el becerro, lo molió hasta convertirlo en polvo, lo esparció sobre las aguas y se lo dio a beber a los rebeldes. Después, ordenó a los que estaban de su lado que se apartaran de los demás, y los levitas mataron a tres mil israelitas. Finalmente, Dios castigó a los pecadores restantes con una plaga.

Este tipo de juicios se repitieron en varias ocasiones, como en la rebelión de Coré, Datán y Abiram, o en el pecado de Acán. En todos estos casos, el Señor exhortaba duramente al pueblo y ordenaba a los que no habían pecado que se apartaran de la iniquidad de sus hermanos, advirtiéndoles que, de no hacerlo, caerían bajo la misma condenación. Sin duda, el Señor separaba a los pecadores de los inocentes, a lo malo de lo bueno, y luego hacía justicia con toda autoridad.

Así mismo ocurrió cuando el rey Salomón, habiendo sido el hombre más sabio y rico del planeta, comenzó a pecar idolatrando a los falsos dioses de sus concubinas. En ese

caso, Dios le dijo que le dividiría el reino. Así que, cuando su hijo Roboam comenzó a gobernar, Dios cumplió con Su sentencia.

Cuando el joven Roboam fue a Siquem para ser investido como rey, el pueblo le pidió que aligerara la pesada carga de trabajo e impuestos que Salomón, su padre, les había impuesto (**1 Reyes 12:1 al 4**). Los consejeros más ancianos, quienes habían servido al lado de Salomón, le dieron a Roboam el sabio consejo de atender la petición del pueblo para ganar su lealtad (**1 Reyes 12:6 y 7**). Sin embargo, el inexperto rey también consultó a los jóvenes que habían crecido con él.

Tontamente, estos necios amigos le aconsejaron que no solo no aligerara el yugo impuesto por Salomón, sino que los amenazara con condiciones aún más duras. Roboam, en lugar de escuchar a los sabios ancianos, siguió el consejo de sus jóvenes amigos, y el pueblo se rebeló, abandonando la casa de David y convirtiendo a Jeroboam en el nuevo rey de Israel, formada por las diez tribus del norte (**1 Reyes 12:8 al 20**).

Roboam huyó a Jerusalén, donde continuó gobernando Judá, compuesta por las dos tribus del sur. A partir de entonces, hubo varios conflictos bélicos entre Jeroboam y Roboam (**1 Reyes 14:30**), y la bendita nación del Señor quedó dividida de forma permanente. Los judíos en general siempre anhelaron la unidad y el esplendor que habían tenido en la época de Salomón, algo que en gran medida atribuían a

David. Por esta razón, esperan al Mesías con un claro deseo de gobierno, buscando recuperar la grandeza que alguna vez tuvieron.

No esperan esto por nobles sentimientos, sino porque Dios mismo les habló de la restauración del Reino: ***“Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí, yo tomo a los hijos de Israel de entre las naciones a las cuales fueron, y los recogeré de todas partes, y los traeré a su tierra; y los haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos”*** (Ezequiel 37:21 y 22).

El diseño de Dios nunca es primeramente la división; estas ocurren por causa del pecado. A veces como consecuencia lógica de ciertas acciones, y en otros casos, como hemos visto, son determinadas por causa del propósito. A pesar del cambio de Pacto, desde el primer siglo de la Iglesia hasta hoy, también hemos experimentado separaciones provocadas por el Señor. Lógicamente, no como su objetivo primario, sino como consecuencia del pecado o la desobediencia de los hombres.

Incluso al principio del Pacto, el Señor les dijo a sus apóstoles: ***“Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra”*** (Hechos 1:8). Sin embargo, tras el empoderamiento del

Espíritu Santo en los días de Pentecostés, la Iglesia permaneció demasiado quieta en Jerusalén.

Una vez más, se repitió el mismo concepto de diseño primario. Dios deseaba la expansión, pero los hombres se aglomeraron en un solo lugar. Notemos el diseño babilónico del sistema actual. Se habla mucho de superpoblación, pero la realidad es que las grandes capitales están realmente superpobladas, mientras que abunda la tierra deshabitada en el mundo. Curiosamente, los seres humanos no solo se aglomeran en un mismo territorio, sino que construyen viviendas de varios pisos, donde viven familias sobre familias.

Además, el metro cuadrado en esas grandes ciudades vale miles y miles de dólares, mientras que a pocos kilómetros de distancia la tierra está deshabitada y es barata. Es como si nadie quisiera vivir alejado de otros. Este es el principio mencionado en la torre de Babel. Más allá del diseño idolátrico de su construcción, los hombres intentaban hacer todo lo contrario a lo ordenado por el Señor, que era llenar la tierra (**Génesis 1:28; Génesis 9:1**).

La Iglesia siempre ha tenido el mandato de congregarse, pero esa fuerza centrípeta no tiene otra intención que la capacitación y la adoración corporativa para la expansión. Si la Iglesia se reúne pero no genera una fuerza centrífuga que impulse la expansión, funcionará de manera deficiente y limitada.

En el primer siglo, el Señor permitió la persecución de la Iglesia, lo que provocó que esta se expandiera rápidamente por todo el mundo conocido. Es decir, Dios utilizó la hostilidad del sistema para lograr la expansión que no estaba ocurriendo de la manera en que Él había mandado. De la misma forma, creo que algunas congregaciones estancadas se han dividido con dolor, pero al final, eso ha producido buenos resultados para el Reino.

Obviamente, para quienes sufren la división es doloroso, y difícilmente atribuyen a Dios una acción semejante. Es cierto que Dios no provoca las divisiones, pero suele permitir las, porque al final, así como no obligó a Pedro a trabajar con Pablo, tampoco forzará una unidad hipócrita que solo genera estancamiento en Su divino propósito.

Desde la perspectiva humana, una congregación dividida puede parecer un gran mal, pero desde la perspectiva de Dios, puede ser todo lo contrario. En lugar de tener una congregación con problemas, puede haber dos, cargadas de nuevos impulsos. Por ejemplo, después de la formación de todas las estructuras católicas, que encerraron el potencial de la Iglesia en una simple y perversa religión, el Señor permitió la Reforma. ¿Y qué fue la Reforma sino una gran división dentro de la Iglesia?

Ahora bien, yo pregunto: ¿Acaso no ha sido la división llamada Reforma lo que ha permitido la supervivencia de la Iglesia del Señor? En tal caso, ¿no fue una división lo que le dio vida a la Iglesia protestante? ¿No puede ocurrir lo mismo

en algunas congregaciones que se han estancado bajo liderazgos religiosos que impiden el crecimiento de quienes verdaderamente desean la expansión? ¿No puede el Señor permitir una división que favorezca el desarrollo sano de aquellos que están sofocados por determinados liderazgos egocéntricos?

La Iglesia católica de Roma sigue considerando la Reforma como una atrevida división de algunos rebeldes, digna de castigo divino. Sin embargo, para nosotros los evangélicos, la Reforma ha sido la mayor bendición que ha experimentado la Iglesia en más de dos mil años de historia. La pregunta es: ¿Qué papel jugó Dios en la gran Reforma de 1517? ¿No fue que hubo cristianos divinamente separados de una estructura religiosa y perversa?

Personalmente, he conocido varios casos de divisiones que, en un principio, parecen negativas, pero conociendo los detalles debo decir que “algunas” fueron una bendición. En otras palabras, no debemos generalizar si deseamos pensar con sabiduría. Hay divisiones diabólicamente producidas y separaciones divinamente permitidas.

He tratado con algunos líderes que me han contado las vicisitudes que viven en sus congregaciones. Algunos manifiestan un pensamiento injustificado de rebelión contra sus pastores, pero otros ciertamente padecen con dolor el abuso espiritual de sus autoridades. He conocido líderes con un potencial extraordinario, pero que llevan años relegados a

posiciones insignificantes por celos o temor de que puedan avanzar y ganar notoriedad.

Si observamos la situación desde una posición independiente, veremos que el accionar de algunos pastores es injusto y carente de sabiduría. Sin embargo, podríamos justificarlos en cierto sentido, considerando que son los pastores y tienen derecho a cuidarse de posibles rebeliones. Pero si lo observamos tratando de pensar como Dios, siendo Él el Señor de la Iglesia, ¿no debería permitir una separación en favor de la expansión de Su Reino?

Amados, Dios no teme que se divida la Iglesia, porque eso es imposible. Por el contrario, Él mismo puede permitir o incluso detonar una separación para que la Iglesia se expanda sanamente. Esto provoca dolores en el ego humano, pero Dios no tiene problema con eso. De una forma u otra, siempre debe recordarnos que la Iglesia es Suya y solo está bajo Su control. Todo lo demás, en el Reino, es inaceptable.

“Somos un solo cuerpo y tenemos un mismo Espíritu; además, hemos sido llamados a una misma esperanza. Sólo hay un Señor, una fe y un bautismo; y tenemos el mismo Dios y Padre, que está sobre todos nosotros. Él actúa por medio de todos nosotros y está en todos nosotros.”

Efesios 4:4 al 6 NBV

Capítulo tres

DIVISIONES Y DIVISIONES COSTOS Y BENEFICIOS

“Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer. Y si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer. Y si Satanás se levanta contra sí mismo, y se divide, no puede permanecer, sino que ha llegado su fin”.

Marcos 3:24 al 26

Los religiosos acusaban a Jesús de estar poseído por Beelzebú, es decir, por Satanás. Decían que por el príncipe de los demonios expulsaba a los demonios (**Marcos 3:22**). En ese momento, Jesús les respondió: *“¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer. Y si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer”.*

Lo que Jesús estaba diciendo, esencialmente, es que es imposible que Satanás se expulse a sí mismo. Afirmaba que el objetivo de Satanás era esclavizar, no liberar a las

personas. Satanás no expulsaría a los demonios de una persona para que Jesús, el Hijo de Dios, fuera proclamado como un poderoso y misericordioso salvador y sanador. No tenía ningún sentido que Satanás hiciera tal cosa.

En otras palabras, Jesús trataba de decirles que nunca es una buena estrategia que un reino se divida. Reitero que Dios nunca utilizó la división como su voluntad primaria, sino que estas siempre fueron el resultado del pecado, la necesidad y la rebelión humana. Luego, con Su extraordinaria sabiduría y poder, permitió o incluso determinó separaciones para mantener puro un sector, y para que al final sus planes pudieran llevarse a cabo. Todo lo que separó no persiguió el fin de dividir sino de purificar.

Sin embargo, bajo otros motivos, toda casa dividida no es más que una casa rumbo a la ruina, y un reino como el de las tinieblas, dividido en sí mismo, no tiene poder alguno. La división es destructiva porque debilita las bases o la esencia de lo que se pretende sostener, sea bueno o sea malo. El objetivo de Satanás es impedir la manifestación del Reino de Dios, oscurecer la verdad, matar, robar y destruir (**Juan 10:10**). ¿Qué éxito tendría Satanás si anduviera por ahí expulsándose a sí mismo?

Los religiosos estaban desesperados por silenciar a Jesús y desacreditar todas sus obras. Llegaron incluso a ser irracionales, violentos y mentirosos, al punto de evaluar la posibilidad de asesinarlo, cosa que finalmente ejecutaron. Jesús no estaba tratando de dar una lección sobre la

integridad familiar ni advirtiendo al diablo que no se dividiera; estaba confrontando la actitud de los religiosos.

Era de esperar que fueran los entendidos en las Escrituras quienes lo recibieran como el Mesías. Sin embargo, fueron los conocedores de la Ley y de las profecías quienes lo rechazaron desde el principio y lo señalaron equivocadamente. Se opusieron a Juan, a Jesús y a la Iglesia del primer siglo, porque la religión opera sin discernimiento espiritual; sospecha de lo que no entiende y ataca lo que no se ajusta a su limitada comprensión.

La religiosidad y el legalismo son agentes abortivos de toda revelación. Nunca permiten que un diseño de Dios sea establecido si este demanda cambios. Los religiosos se sienten cómodos con sus estructuras, pero rechazan de plano cualquier modificación. Están seguros de lo que creen saber, por eso no desean aprender algo diferente. Tampoco consideran que algo distinto pueda provenir de Dios, por lo que sus actitudes son abortivas: todo lo de Dios porta la esencia de Su vida, pero ellos solo se mueven a través de las obras muertas.

Los sacerdotes y ministros del Antiguo Testamento fueron asignados para enseñar al pueblo la Ley de Dios y guiarlo en obedecerla, apartándose del pecado. Sin embargo, al intentar cumplir con esta noble tarea, se volvieron expertos en el estudio de las Escrituras, pero perdieron la comunión sincera con Dios y dejaron de adorarle.

En realidad, los religiosos pueden cantar, pero no adorar al Señor. Creen que lo hacen, pero cuando alguien confía en su propia justicia, creyéndose digno por su integridad, deja de valorar la gracia. Nadie que desconozca la gracia puede adorar verdaderamente. Los religiosos pueden ser muy diligentes y celosos en las cosas de Dios, pero tristemente tienen una viga en sus ojos que les impide ver la verdad.

Jesucristo vino para redimir a los hombres y establecer definitivamente el Reino de Dios. Para los religiosos, el único reino visible era Israel, y la única redención que conocían era la de sus rituales y ordenanzas. A Jesús le llamaban “rabí”, título con el que los judíos honraban a los sabios de la Ley, pero curiosamente no estaban dispuestos a recibir ninguna de sus enseñanzas.

Así son los religiosos: tratan a todos con mucho respeto, pero rechazan y critican toda enseñanza que no se ajusta a sus ideas. No conocen la Palabra como luz, sino que se aferran a la letra. Por eso, Jesús los llamó ciegos y guías de ciegos (**Mateo 15:14**), porque aunque no veían, creían ver mejor que los demás, lo cual evidenciaba su gran pecado (**Juan 9:41**).

Los ministros religiosos de hoy en día conservan esa misma esencia. Se horrorizan ante las divisiones, considerándolas diabólicas, pero ellos mismos se separan de todos los que hacen algo diferente a lo que ellos creen correcto. Personalmente, he sido incomprendido por gente

impía, lo cual es lógico porque no entienden nada, pero he sido criticado más por los religiosos, porque se molestan ante lo que les es desconocido.

Jesús dijo que el Reino de los cielos sufre violencia, y que los violentos intentan apoderarse de él (**Mateo 11:12**). Eso no ha cambiado: los religiosos son violentos con sus lenguas, y tienen sus dedos afilados como espadas para señalar a todos los que no se alinean con sus doctrinas. En realidad, son los principales divisionistas en los consejos pastorales: saludan cordialmente, pero desacreditan a todos los que no piensan como ellos.

Jesús fue extremadamente manso, pero la única vez que lo vemos violentarse y separarse de alguien con duras advertencias fue con los religiosos del templo. Si el templo era el lugar de la comunión espiritual, la casa de Dios en esa época, el centro del conocimiento de Su voluntad, deberíamos preguntarnos por qué Jesús tomó un azote de cuerdas, volcó mesas y se apartó de ellos (**Juan 2:15**).

Si viéramos a Jesús como alguien que se congregaba en el templo y participaba en las actividades cotidianas, podríamos decir que en algún momento se hartó y se fue, comenzando a congregarse a sus seguidores en la ladera de una montaña. Tal vez los religiosos vieron esto como una división, pero en verdad, ¿cómo podría prevalecer el Reino junto a la religión?

Las actitudes religiosas están enraizadas en el orgullo, no en la santidad. Por eso, dificultan la verdadera unidad, porque la única manera de permanecer unidos con gente orgullosa es sometiéndose a sus preceptos. Si nos rehusamos a pensar como ellos creen que es correcto, nos consideran transgresores, rebeldes o incluso apóstatas.

Es importante comprender que la división es algo muy negativo, pero todo depende de la perspectiva desde la cual se observe. Hay pastores que, sin desearlo, han tenido que abandonar las instituciones en las que pastoreaban debido al control, el abuso o las estructuras en las cuales se les obligaba a trabajar. Estas se tornaron tan perversas que ya no importaba lo que el Espíritu del Señor pudiera estar diciendo, y creo que ese es el límite de toda tolerancia razonable.

En mis muchos años de trayectoria ministerial, he encontrado consiervos en condiciones lamentables de desamparo y opresión. Algunas instituciones solo buscan el control y el beneficio de las obras, pero no se preocupan ni ayudan a los pastores que trabajan con ellas. El desamparo y la falta de empatía son absolutos, y escuchar sus historias familiares o ministeriales suele ser verdaderamente triste. Ante estos casos, ¿qué decirles? ¿Que sigan soportando esas perversas estructuras de abuso espiritual?

Cuando un ministro de Dios se encuentra atrapado en una institución que le impide servir al Señor con libertad, y se da cuenta de que el Espíritu Santo quiere llevarlo por un camino diferente, ¿debe seguir sujeto a esas autoridades

terrenales o debe arriesgarse por hacer primero la voluntad de Dios? No cabe duda de que debe elegir lo último. He conocido a pastores que, por temor, han permanecido atrapados en estructuras institucionales durante toda su vida, creyendo que están haciendo la voluntad de Dios al sujetarse tan abnegadamente. Sin embargo, el día que estén ante la presencia del Señor, no podrán excusarse diciendo que sus autoridades terrenales les impidieron hacer lo que Él les ordenó.

Nadie debería frenar nuestro avance en el propósito divino. No debemos dar a nadie la autoridad suficiente como para obligarnos a desobedecer a Dios. Los grandes reformadores del siglo XV en adelante tuvieron que enfrentar un perverso sistema de religiosidad y legalismo, pero no pudieron ser persuadidos para sujetarse a lo que entendían que no era la voluntad de Dios.

Esos reformadores no fueron hombres rebeldes que un día decidieron abrir una nueva congregación para obtener beneficios personales. No dijeron: *“Vemos que al imperio católico le va muy bien porque se ha vuelto poderoso y millonario, pongamos nuestro propio negocio...”* Al contrario, entregaron sus vidas en el intento de caminar en la voluntad de Dios, más allá del poderío católico de la época.

Muchos fueron acusados de herejes, perseguidos, torturados y asesinados por obedecer a Dios antes que al sistema religioso corrupto que se había establecido. Para las autoridades católicas, estos protestantes eran rebeldes,

divisionistas y diabólicos. Hoy, sin embargo, no podemos sino agradecer a esos valientes hombres y mujeres de fe que dieron sus vidas por hacer la voluntad del Padre.

Es cierto que ni siquiera el diablo desea dividirse, porque las divisiones son debilitantes y destructivas. Sin embargo, a veces son necesarias. Como evangélicos, debemos ser conscientes de que somos el producto de una división, pero esa división no fue caprichosa, sino necesaria. Hoy en día, gozamos de libertad, y el catolicismo romano ya no puede perseguirnos con violencia. Sin embargo, cada vez que surgen nuevos focos de humanismo religioso en alguna denominación, debemos alejarnos sin dudar.

Si los reformadores pudieron superar la hostilidad del catolicismo romano, que en esa época era temible, cuánto más hoy en día, los pastores que carecen de libertad espiritual, deberían salir de la opresión de sus denominaciones para trabajar bajo el gobierno y la supervisión del Espíritu Santo. Es cierto que algunos salen por rebeldía, por capricho o por ambición, pero esos casos no deberían condicionar lo correcto.

El divorcio siempre es malo y no forma parte de los diseños divinos. Sin embargo, en ocasiones es necesario. Si un hombre o una mujer son sometidos por su cónyuge a la violencia, el engaño, el maltrato o el abuso continuo, ¿no deberían divorciarse de tal perversión? ¿Acaso una autoridad espiritual podría decirle a una mujer que está siendo golpeada

por su marido que debe sujetarse igualmente? Eso sí que sería diabólico.

Todo debe tener un límite justo. Jesús no se victimizó ante lo que veía en el templo judío. No dijo: *“Yo quisiera hacer la voluntad de mi Padre, pero estos religiosos no me dejan, me exhortaron a callarme y volver a la carpintería, y debo sujetarme...”* ¡No! Les gritó, les recriminó su dureza de corazón, levantó un látigo de cuerdas, volcó las mesas de sus negocios financieros y les dijo: ***“¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones...”*** (Marcos 11:17).

Sus palabras fueron escuchadas por los escribas y los principales sacerdotes, quienes buscaron la forma de matarlo, porque le temían, ya que todo el pueblo estaba admirado de su doctrina. No pudieron hacerlo, porque al llegar la noche, Jesús salió de la ciudad y continuó su camino, sanando enfermos, liberando cautivos y predicando el evangelio del Reino. No se quedó atrapado en el temor que pretendían generar las supuestas autoridades espirituales.

El límite siempre debe ser la perfecta voluntad de Dios. No recomiendo a nadie tomar decisiones emocionales apresuradas. Lo que debemos hacer es orar a Dios, buscar su dirección y obedecerle sin reservas. Está claro que debemos sujetarnos a nuestras autoridades espirituales, pero siempre y cuando no nos impidan hacer la voluntad de nuestro Padre

celestial. Nadie, por más cargos que ostente, es digno de nuestra obediencia ilimitada.

Sin embargo, así como les planteo ésta cuestionada verdad, debo advertirles a todos mis hermanos que hoy vivimos en un tiempo de decisiones ligeras. Hoy, cualquiera deja a su cónyuge por cualquier diferencia o desacuerdo emocional. Hoy, cualquiera renuncia a un trabajo por pequeñas desavenencias con sus superiores. Hoy, cualquiera abandona una congregación porque no le agradó un saludo o una decisión tomada por su pastor. Hoy, cualquier líder se aparta de sus autoridades espirituales por una simple ocurrencia de cambio.

Debemos tener mucho cuidado, porque esto no debe ser así. Conozco a personas que han destruido su familia porque decían no sentirse completamente felices o plenos. Conozco a hermanos que han dejado su congregación por los motivos más absurdos, aun después de haber sido amados y cuidados durante años por sus pastores.

Conozco a ministros que han abandonado a sus autoridades espirituales por nada. Es decir, observan algún ministerio que les parece mejor y simplemente se marchan. No consultan a Dios sobre sus decisiones, deciden cambiar rápida y vanamente, y eso es todo. No debería ser así. Debemos temer cuál sea la voluntad de Dios. No debemos tomar decisiones apresuradas, porque podríamos estar errando el camino. Recordemos esta historia:

Cuando Jesús estuvo del otro lado del mar de Galilea, el de Tiberias, reunió a una gran multitud para enseñarles. Luego la gente tuvo hambre, por lo multiplicó unos panes y unos peces para que pudieran comer al menos cinco mil personas. Esa gente tan impactada por el milagro, pretendió apoderarse de Jesús para hacerle rey, por lo cual, Él se retiró al monte para estar solo, mientras sus discípulos se subieron a una barca para cruzar el mar hacia Capernaúm (**Juan 6:1 al 15**).

Nadie sabía dónde estaba el Maestro hasta que, de pronto, lo vieron aparecer caminando sobre las aguas. Tuvieron temor de verlo, porque lo confundieron con un fantasma, pero Él se dio a conocer y subió con ellos a la barca (**Juan 6:16 al 21**). Al día siguiente, al ver que Jesús no estaba, una gran multitud comenzó a buscarlo hasta que lo encontraron del otro lado del mar, en la tierra de Capernaúm.

Fue entonces cuando Jesús comenzó a enseñarles sobre sus verdaderas intenciones. Les dijo que lo habían seguido solo por el pan que habían comido. Les habló del pan que comieron los antepasados en el desierto y se identificó como el verdadero pan del cielo (**Juan 6:48 al 51**).

Algunos de los judíos comenzaron a discutir entre sí, diciendo: “*¿Cómo puede este darnos a comer su carne?*”. Ante esto, Jesús les respondió: “*De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y*

bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el día postrero” (Juan 6:52 al 54).

Al oír estas enseñanzas, muchos de sus discípulos dijeron: ***“Dura es esta palabra; ¿quién la puede oír?”***. Sabiendo Jesús en sí mismo que sus discípulos murmuraban sobre esto, les dijo: ***“¿Esto os ofende? ¿Pues qué, si vierais al Hijo del Hombre subir a donde estaba antes? El espíritu es el que da vida; la carne para nada aprovecha. Las palabras que os he hablado son espíritu y son vida. Pero hay algunos de vosotros que no creen”***. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién lo había de entregar (**Juan 6:60 al 64**).

Desde entonces, muchos de sus discípulos volvieron atrás y ya no andaban con Él. Entonces, Jesús les dijo a los doce: ***“¿También vosotros queréis irs?”***. A lo que Simón Pedro respondió: ***“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna”*** (Juan 6:67 y 68). Sin embargo, el resto de los discípulos, que eran unos setenta hombres, dejaron de reconocer a Jesús como su líder, su pastor y su autoridad espiritual.

Hoy en día, nosotros podemos entender claramente lo que Jesús estaba diciendo cuando les habló de su carne y su sangre. Nos explicó: ***“Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí”*** (Juan 6:55 al 57).

Sin embargo, debemos ser justos: esta enseñanza fue muy confusa para sus discípulos, en su mayoría judíos. ¿Acaso podemos dimensionar lo que significaba para un judío la propuesta de comer carne y beber sangre humana?

Es lógico que no comprendieran el mensaje ni que les agradara. Sin embargo, se apresuraron a tomar una decisión. Ellos mismos habían experimentado el poder de Dios en sus vidas, se habían emocionado al actuar bajo la unción que Jesús les había impartido. Lo vieron multiplicar los panes y los peces, lo vieron caminar sobre el mar, pero aun así, ante un mensaje incomprendido, decidieron marcharse.

Si un pastor viviera algo parecido hoy en día, diría que le dividieron la iglesia. Si ese pastor tuviera unas ochenta y dos personas y, de pronto, se le fueran setenta, consideraría que está enfrentando una catástrofe. Curiosamente, Jesús no solo no trató de evitar esa división, sino que les preguntó a sus doce más íntimos: “**¿También vosotros queréis iros?**”. Creo que yo no me habría atrevido a tanto, pero es claro que Jesús no temía las divisiones, ni temía el fracaso, porque nada estaba en manos de los hombres.

No se aferró a las sandalias de Pedro diciendo: “*Por favor, muchachos, no se vayan, no me dejen, les explicaré claramente mis palabras...*” Al contrario, les dejó la puerta abierta por si querían abandonarlo. Incluso, les dijo: “**¿No os he escogido yo a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?**” (Juan 6:70), refiriéndose a Judas Iscariote, porque

este, aunque era uno de los doce, ya había decidido en su corazón entregarlo a las autoridades religiosas.

Jesús nos enseñó que la división es mala, aunque a veces es necesaria. Él se apartó de los religiosos y algunos discípulos se apartaron de Él. Sin duda, hay personas con las que no debemos estar y personas que deben alejarse de nosotros. Sería ideal que estas situaciones no fueran necesarias, pero está claro que lo son. Por lo tanto, no debemos pensar en términos absolutos, debemos buscar los matices de la voluntad divina.

No es con todos, no es siempre, no es por cualquier cosa. No es nunca, no es bueno, y no siempre es malo. No es todo, ni es nada. No se hacen las cosas, ni siempre se dejan de hacer de una forma determinada. No se puede enseñar una regla infalible para nuestras decisiones, excepto hacer la perfecta voluntad de Dios. Debemos procurar hacer todo lo que el Señor nos diga, cuando Él nos lo diga, y solo si Él nos lo dice. Esa es la regla fundamental del Reino; todo lo demás puede ser una opinión equivocada.

***“Enséñame a hacer tu voluntad,
Porque tú eres mi Dios.
Que tu buen Espíritu me guíe
Por un terreno sin obstáculos”.***

Salmo 143:10



Capítulo cuatro

DIVISIONISTAS SIN TEMOR

“Porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres?”

1 Corintios 3:3

En los capítulos anteriores, he tratado de considerar situaciones reales en las cuales las divisiones son inevitables, necesarias o incluso producidas por la voluntad de Dios en favor de Su propósito. Consideré imposible analizar el flagelo de las divisiones diabólicamente producidas sin separar primero aquellas que no lo son. Ahora bien, en cada división es necesaria la intervención de alguien, por lo que la pregunta que deberíamos hacernos es: ¿Cómo distinguir a un justo defensor del evangelio y del propósito de Dios, de un divisionista cargado de malas intenciones?

Bueno, si pudiéramos observar los casos con distancia y el paso del tiempo, veríamos los frutos de sus acciones. Si la división fue aprobada por el Señor, los frutos serán de bendición; habrá sanidad en las partes y fructificación

suficiente como para darnos cuenta de que, al final, fue bueno que tal situación ocurriera, como por ejemplo el mencionado caso de los reformadores.

Sin embargo, si la división fue generada diabólicamente, los resultados serán nefastos y se repetirán en más de una ocasión. Aquellos que provocaron la división suelen diluirse hasta desaparecer o sufrir ellos mismos nuevas divisiones. Lo cierto es que se percibirá el daño, el dolor y el engaño de tales acciones.

Si lo que estamos observando es una división recién producida, no es fácil juzgar los motivos o las consecuencias, pero debemos tratar de utilizar el discernimiento espiritual (**1 Corintios 12:10**), es decir, que el Espíritu Santo nos otorgue comprensión y claridad sobre el asunto. Aun así, debemos tener claro que Él no lo hará solo por proporcionarnos información. Solo lo hará si es trascendente nuestra participación o nuestro punto de vista.

Lo que no debemos hacer, es utilizar el espíritu de sospecha, porque tal actitud solo produce críticas, murmuraciones y chismes infundados. Es muy fácil mirar por la ventana y opinar sobre lo que ocurre, pero nada de eso produce buen fruto si no se persigue un objetivo útil o necesario. Incluso, hay quienes, al enterarse de una división, no dudan en opinar y condenar sin información alguna. Eso es muy triste y, lamentablemente, común en la iglesia de hoy.

Generalmente, cuando hay una división, los demás pastores o hermanos de la misma ciudad comentan u opinan sobre el asunto, pero en la mayoría de los casos se utiliza una “mentalidad de bolsa”. Es decir, se recibe la información, y sin enriquecer los detalles, se mezcla todo y se opina de manera ligera. Cuando esto ocurre, la mayoría de las opiniones son descalificadoras, lo cual tampoco es correcto.

Lo mismo sucede cuando un matrimonio sufre un divorcio. Lo primero que hacen las personas cercanas es comentar el hecho rápidamente, pero ante el desconocimiento de los detalles que provocaron tal situación, evalúan, opinan o inventan un montón de suposiciones para tratar de comprender algo que los tomó por sorpresa. Por supuesto, quienes hacen esto no solo producen daño, sino que emiten juicios basados en la ignorancia.

Es evidente, como hemos visto, que en el tema de las divisiones hay casos y casos. Sin embargo, observemos por un momento a aquellos que, bajo la influencia diabólica o del orgullo humano, operan con maldad, produciendo divisiones dolorosas que nada tienen que ver con Dios ni con Su propósito.

“Con toda diligencia guarda tu corazón, Porque de él brotan los manantiales de la vida”.

Proverbios 4:23 (NBLH)

Lo primero que debemos observar es que aquellos hermanos capaces de producir dolorosas divisiones son

personas que, en primer lugar, cometen el error de descuidar sus corazones. La advertencia de Salomón es contundente y lógica, aunque no es fácil de poner en práctica. No olvidemos que el mismo instrumento que Dios utilizó para escribir este consejo permitió que su corazón fuera permeado por la falsa adoración.

En su momento, Salomón fue el hombre más sabio de la tierra, pero cometió varios actos que resultaron de su propia necesidad. La pregunta sería: ¿Cómo puede un hombre sabio ser, al mismo tiempo, necio? Me refiero a la necesidad en su sentido literal, a la torpeza notable para comprender las cosas.

Creo que el problema no comienza en la mente, sino en el corazón. Nuestro corazón físico es el centro de purificación de todo el cuerpo. Ciertamente, hay otros órganos que contribuyen a esto, como el hígado o los riñones, pero el corazón es el que dirige el curso de la sangre para su purificación y la distribuye por todo el cuerpo.

Sin entrar en detalles técnicos que desconozco, puedo recordar algunas lecciones de la escuela secundaria, donde nos enseñaban que el corazón tiene dos entradas y dos salidas para la circulación de la sangre. Por un lado, recibe sangre contaminada y la envía a los pulmones para su purificación; luego la recibe de nuevo y la envía otra vez al cuerpo. Esto es clave para un desarrollo físico saludable, ya que la sangre es la vida de nuestro cuerpo.

Espiritualmente hablando, creo que nuestro corazón es el órgano capaz de purificar lo malo e impartir lo bueno a todo nuestro ser. Jesús dijo: ***“El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo”*** (Lucas 6:45). También enseñó: ***“Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias”*** (Mateo 15:19).

Cuando alguien ejecuta una acción tan dolorosa como la división, es porque primero esa idea ha pasado por su corazón, y al no purificarla, la retiene, la acomoda a su interpretación, evalúa su conveniencia y luego la ejecuta mediante perversas y oscuras artimañas.

Cuando el corazón es descuidado y no purifica un sentimiento, la mente se encargará de convertir esos sentimientos en pensamientos lógicos, aceptables y ejecutores de dicho sentir. En el título del libro habrán notado que la palabra “diabólicamente” está escrita con dos colores diferentes, separando la palabra en dos partes: “diabólica” y “mente”.

Este juego con la palabra pretende resaltar una cuestión clave respecto a la acción divisionista. El corazón de un hijo de Dios no puede ser gobernado por espíritus inmundos. El enemigo procurará, en primer lugar, influir en los pensamientos; esos pensamientos sucios o contaminados producirán sentimientos. Esos sentimientos deberían ser

purificados en el corazón, de manera que, al salir de ahí, restauren y limpien la mente.

Nuestra mente puede ser bombardeada muchas veces con pensamientos malos o sucios, pero nuestra comunión con el Señor, en lo profundo de nuestro ser, se encarga de recibir, descalificar, rechazar y purificar los sentimientos generados por dichos pensamientos. Luego, nuestra mente es purificada una vez más. Sin embargo, cuando descuidamos nuestro corazón, la mente no puede ser limpiada y termina llenándose de ideas que, a la larga, pueden llegar a ejecutarse.

El enemigo puede influir a través de nuestros sentidos, pero el dueño de nuestro corazón es el Señor. Por eso, si cuidamos nuestra comunión con Dios, estaremos cuidando nuestro corazón; y si hacemos eso, no importará cuánto el enemigo intente bombardear nuestros sentidos con su basura, simplemente seremos inmunes a todo.

Cuando alguien se convierte, su corazón es iluminado, habitado y activado por el Señor, como un nuevo centro de transformación. Nadie ve, escucha o percibe nada malo en la Iglesia. Cuando comenzamos a congregarnos, todo nos parece excepcional. No conocemos la Palabra, por lo que no cuestionamos ningún mensaje. Los pastores y líderes nos atienden con alegría, por lo que nos parecen fantásticos, y los hermanos, en general, nos parecen llenos de afecto y de un amor poco común en una sociedad tan indiferente.

Es por esto que nadie provoca una división cuando recién llega a la Iglesia o es espiritualmente inmaduro. Sin embargo, con el tiempo, un cristiano puede aprender teología, las canciones, los manejos internos de la congregación, y conocer los detalles de la vida de sus líderes y muchos hermanos. Entonces comienza a pensar de manera diferente, a escuchar, a ver y a juzgar lo que antes no lograba percibir.

Madurar es un objetivo divino, por lo cual no puede ser algo malo. Sin embargo, en los procesos de madurez, la realidad circundante puede perjudicar la percepción sana del entorno. Esto es muy común en las familias. Cuando los niños son pequeños, sus padres y su hogar parecen perfectos, ya que no cuestionan nada y no conocen otra realidad. Sin embargo, en la adolescencia, comienzan a observar a sus amigos, a interactuar con otras personas y, de pronto, empiezan a considerar que sus padres no son tan perfectos, y su hogar tampoco lo es. Esto puede llevarlos a una difícil etapa de rebelión y conflicto.

En la Iglesia ocurre algo similar. Un hermanito que ha disfrutado de muchas reuniones sanamente, que ha gozado de la comunión con los hermanos y la atención de sus pastores y líderes, de pronto comienza a cambiar. Empieza a ver cosas que le parecen mal, forma opiniones, busca consensos y escucha a los críticos que alimentan lo negativo. Al no cuidar su corazón, se llena de basura que, eventualmente, comienza a esparcir su hedor y corrupción.

Cuando el corazón de un divisor está lleno de sentimientos negativos, este comienza a alimentar la mente con elementos suficientes para planear cómo ejecutar su tarea. La mente, por su parte, fabrica argumentos que no solo convencen aún más al divisor de los sentimientos que percibe, sino que también le permiten compartir ideas que parecen sólidas con otros.

Las ideas de un divisor están fundamentadas en la búsqueda de un solo resultado: la división. No están orientadas a contribuir con cambios constructivos, a plantear reformas o a proponer mejoras sabias, sino que están diseñadas para señalar lo malo y convencer a otros de la necesidad de un cambio.

Un divisor no se aparta simplemente porque no le gustan algunas cosas, lo cual sería mucho más saludable. Nadie está obligado a permanecer en una congregación en la que no se siente cómodo o satisfecho con el liderazgo. Sin embargo, el objetivo del divisor es señalar los errores que él percibe, sumar personas a su causa y, de alguna manera, ponerlas en contra de las autoridades o de los programas de la congregación.

Un hermano bienintencionado, con deseos de defender la verdad, intentará acercarse al liderazgo de la Iglesia para advertirles de un error, pero con verdadero temor de Dios. Se cuidará de actuar con malicia, arrogancia o con apariencias engañosas.

“Más os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos”.

Romanos 16:17 y 18

Un divisor buscará el diálogo y la convivencia simpática con algunos hermanos, pero solo con la intención de sembrarles sus ideas, robando sus corazones, tal como Absalón lo hizo con el pueblo. La Biblia dice que, descontento con su padre, el rey David, Absalón se situaba a las puertas de la ciudad donde se administraba justicia, y a cualquiera que tenía pleito y venía al rey a juicio, Absalón le decía: ***“Mira, tus palabras son buenas y justas, pero no tienes quien te oiga de parte del rey...”***

Todos sabían que Absalón era hijo del rey, por lo tanto, escuchaban sus palabras porque creían que él podría llegar a ser el futuro rey. Absalón, aprovechando la autoridad que su linaje le otorgaba, les decía: ***“¡Quién me pusiera por juez en la tierra, para que viniesen a mí todos los que tienen pleito o negocio, que yo les haría justicia!”***.

No solo les hablaba amablemente, sino que, si alguien se acercaba para escucharlo o le hacía alguna reverencia, Absalón extendía su mano, los tomaba con confianza y los besaba. La Biblia relata que así hacía con todos los israelitas que venían a ver al rey David, y de esta manera, Absalón

intentaba robar el corazón de los ciudadanos de Israel (**2 Samuel 15:2 al 6**).

Lamentablemente, el mismo espíritu y actitudes similares se manifiestan en aquellos que tienen la intención de causar una división. Lógicamente, no reconocerían tal cosa, y quizá ni siquiera logran comprender ante Dios el mal que realmente pretenden. Lo cierto es que, en lugar de buscar otras opciones, comienzan a trabajar con gran dedicación en captar hermanos para su causa.

Una clara característica de un divisor es que, inicialmente, no actúa de manera frontal ni constructiva. Busca conspirar, sumando adeptos para causar daño. A diferencia de lo que hizo Lutero, al clavar sus 95 tesis en la puerta de la Iglesia del Castillo de Wittenberg, con la intención de defender sus ideas ante las autoridades, un divisor esparce sus tesis entre los hermanos, infectando a muchos para provocar una rebelión.

Si analizamos las actitudes del apóstol Pablo, vemos que él se esforzaba en sus discusiones con judíos y griegos, buscando convencerlos, defendiendo sus argumentos a cara descubierta, incluso arriesgando su vida y reputación ante todos. Sin embargo, los divisores no buscan convencer, reformar o mejorar, sino que ya están decididos a causar daño y sacar provecho.

Los comentarios de los divisionistas aparentan buenas intenciones, pero en realidad siempre son destructivos. Ellos

no se arriesgan a exponerse personalmente, solo dan la cara cuando creen que pueden dar el zarpazo final o cuando aseguran algunos beneficios. Hasta entonces, se mueven en las sombras.

“Y me dijo Jehová: Conspiración se ha hallado entre los varones de Judá, y entre los moradores de Jerusalén”.

Jeremías 11:9

Un divisor tampoco busca el bien del ministerio o de la denominación a la que pertenece. Generalmente, lo que hacen es criticarla por no hacer lo que ellos consideran correcto y, cuando logran dividir, suelen llevarse a algunos hermanos hacia otra denominación o intentar crear un nuevo ministerio independiente.

El caso de Diótrefes:

A este personaje llamado Diótrefes se le menciona en un pasaje de la tercera carta del apóstol Juan. Según podemos entender, Diótrefes era un hombre problemático y egoísta en una iglesia local del primer siglo. No sabemos mucho de sus antecedentes, salvo que probablemente no era judío, ya que su nombre significa “criado por Júpiter”. Veamos el pasaje en el que Juan menciona a Diótrefes, dirigido a su amigo Gayo, a quien fue dirigida su tercera epístola:

“Yo he escrito a la iglesia; pero Diótrefes, al cual le gusta tener el primer lugar entre ellos, no nos recibe. Por esta causa, si yo fuere, recordaré las obras que hace

parloteando con palabras malignas contra nosotros; y no contento con estas cosas, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohíbe, y los expulsa de la iglesia”

3 Juan 1:9 y 10

Lo que Juan describe es muy contundente: en apenas un par de versículos, nos presenta a un hombre carente de humildad, a quien le encanta ser el primero en todo. Se niega a recibir a los apóstoles en la iglesia, como si él fuera el único con derecho a edificar. Habla maliciosamente de los hombres de Dios, rechaza la hospitalidad hacia otros hermanos, prohíbe a los demás acogerlos y se atreve a expulsar de la iglesia a quienes no siguen su ejemplo.

Por la descripción de Juan, Diótrefes no estaba tratando de dividir una congregación ajena, sino que, al parecer, era un líder o al menos una figura influyente en la iglesia local a la que pertenecía Gayo. Diótrefes abusaba claramente de su posición de autoridad para tomar decisiones arbitrarias. Por alguna razón, sentía celos de los apóstoles y se negaba a permitirles la entrada a su iglesia. En lugar de seguir el mandato de que un pastor debe ser hospitalario y no pendenciero (**1 Timoteo 3:2 y 3**), Diótrefes era inhospitalario y, aparentemente, muy conflictivo. En lugar de buscar ser el servidor de todos (**Marcos 9:35**), Diótrefes disfrutaba mandar y someter a los demás a sus propios preceptos.

Mi intención al mencionar a Diótrefes es analizar la descripción de un líder autoritario, que ya estaba al mando de

una congregación. No solo manipulaba y controlaba a los miembros de la misma, sino que dividía a la congregación de la iglesia en general y la alejaba de la influencia de otros líderes, incluyendo la de los apóstoles. Estos, en esa época, eran los ministros con mayor reconocimiento y autoridad, por haber sido discípulos directos de Jesús y comisionados por Él para liderar la Iglesia.

El apóstol Juan menciona que tenía planeado visitar la iglesia de Gayo y, al llegar, reprendería públicamente a Diótrefes por sus acciones (**3 Juan 1:10**). Juan no toleraría la calumnia, el sectarismo y el egoísmo. No escondería esos problemas, porque la actitud de Diótrefes estaba afectando, sin duda, no solo el desarrollo espiritual de los hermanos, sino también la verdadera unidad de la Iglesia.

Por otro lado, Juan no solo le escribe a Gayo, a quien llama su amado amigo, sino que lo elogia por ser diferente a Diótrefes. Gayo actuaba de forma contraria, mostrando hospitalidad a los predicadores itinerantes del evangelio que pasaban por su ciudad (**3 Juan 1:5 al 8**). La mención de Juan sobre las actitudes incorrectas de Diótrefes también servía como advertencia a su amigo para que no imitara lo malo (**3 Juan 1:11**).

Aquellos que, como Gayo, sirven al Señor sin intereses egoístas, sin creerse dueños de la obra, y que honran a otros ministerios (**3 Juan 1:6**), son dignos de reconocimiento. Mientras que los que actúan como Diótrefes, negándose a

colaborar en la difusión de la Palabra de Dios, merecen ser reprendidos (**3 Juan 1:10**).

El pastorado no debe ser una posición para hombres egocéntricos, sedientos de poder, celosos de la obra como si fuera suya, ni para aquellos que critican y calumnian a otros ministerios que no comprenden. Los pastores deben ser humildes y pueden cuidar la obra con celo, pero no deben cerrarse al crecimiento ni impedir la comunión con otros hermanos y ministerios dentro del cuerpo de Cristo.

Habiendo sido ministro itinerante durante tantos años, además de pastor local durante más de veinte años, puedo afirmar que me he encontrado con muchos pastores que se creen los dueños de la obra. Tal vez no lo hacen con malas intenciones, pero terminan separando a los hermanos de cualquier enseñanza que no sea la suya, limitando el entendimiento de los santos e impidiendo su crecimiento al restringir el acceso a mayores riquezas espirituales provenientes de otros ministerios que Dios ha levantado.

Estos pastores piensan que lo saben todo y enseñan lo correcto. No están dispuestos a escuchar nada diferente y mucho menos a cambiar, aun si ese cambio es impulsado por Dios. Reitero, aunque procuren proteger a su congregación, terminan ocupando un rol que Dios no les asignó. Los pastores deben cuidar a los miembros, pero no deben cerrarlos al crecimiento ni impedir la comunión con otros ministerios del cuerpo de Cristo.

Seguramente Diótrefes enseñaba la Palabra de Dios, pero curiosamente rechazaba las enseñanzas de los apóstoles. Estas mismas actitudes en algunos pastores de hoy son las que dividen los consejos pastorales, impiden el debate sano de la Palabra, separan a los hermanos de otras congregaciones y juzgan severamente a todo ministerio diferente.

La Iglesia es de Jesucristo, no de ningún pastor. Está bien que los pastores cuiden a sus hermanos sobre qué pueden escuchar, pero deben usar discernimiento espiritual, investigando y orando sobre lo que ellos mismos deben enseñar. Todos debemos valorar a otros ministerios, ya que las riquezas de Cristo no se otorgan a un solo ministro, sino a todos los dones de ascensión que el Señor provee para la edificación de su Iglesia.

Que el Señor nos guíe con la luz de Su Espíritu para no caer en actitudes despreciables como las de Diótrefes. La tolerancia, el amor y la humildad no son signos de debilidad espiritual; al contrario, el Señor añade gracia y cuidado a los líderes que actúan con humildad, buscando lo que Dios quiere para su Iglesia, y no lo que ellos creen que es mejor.

Pastorear con mentalidad de Reino no es separar a la congregación del resto de las iglesias y ministerios del mundo. Por el contrario, es cuidar lo que no nos pertenece, conservando la unidad, el respeto y la comunión con todos los hermanos y ministros del evangelio que sirven a nuestro Señor con conciencia limpia.

“Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y sobrevino temor a toda persona; y muchas maravillas y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno. Y perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”.

Hechos 2:42 al 47



Capítulo cinco

LOS PASTORES Y LAS DIVISIONES

“Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto”.

Colosenses 3:12 al 14

Las divisiones en las congregaciones son un hecho muy penoso, y debo decir que hoy en día son extremadamente comunes. Los efectos que produce una división, sin importar la causa, pueden ser devastadores para las familias pastorales y para muchos hermanos.

En este contexto, permítanme contarles lo que se vive con el llamado pastoral y el desarrollo del ministerio. Sé perfectamente que no todos los casos son iguales, pero creo que los sentimientos que se generan después de una división son muy similares entre los pastores.

El llamado al ministerio es algo peculiar, porque, generalmente, quienes lo recibimos no lo buscamos y lo asumimos con temor. En cambio, aquellos que no tienen un llamado genuino, sino deseos personales, no solo buscan ser reconocidos, sino que, si no lo logran, están dispuestos a luchar por ello.

Es por esto que es raro encontrar una división causada por alguien con un legítimo llamado, a menos que dicha división se produzca de manera natural o sin maquinaciones para generarla. No puedo asegurar esto en todos los casos, ya que cualquier generalización podría ser un error. Solo me refiero a la mayoría de los casos que he observado.

Cuando recibimos el llamado, se nos presenta la propuesta de iniciar una obra desde cero, tal como fue en mi caso. El trabajo no solo es arduo, sino que comienza con grandes expectativas y, al mismo tiempo, con mucho temor a fallar o no lograr un crecimiento numérico.

Con mi esposa habíamos decidido no ser pastores. Lo habíamos discutido, ya que cuando nos casamos, yo ya era ministro itinerante, y ella, al conocer la difícil vida de sus pastores de entonces, me expresó con firmeza su deseo de no asumir el desafío pastoral. Por supuesto, no me costó nada decirle que así sería, ya que yo era feliz con mi función ministerial y era muy solicitado para visitar congregaciones en diversas ciudades.

Sin embargo, después de unos años, todo cambió. Una noche, mientras trabajaba en mi oficina, Dios me habló claramente sobre su voluntad de que abriéramos una congregación en el pueblo donde vivíamos. La presencia de Dios fue tan contundente que no pude ni siquiera considerar rechazar esa orden divina. Sin embargo, en mi corazón sabía que el verdadero desafío sería convencer a mi esposa de que asumiéramos juntos el pastorado, por lo que le pedí a Dios su ayuda en este asunto.

Ya de madrugada, decidí despertar a mi esposa para contarle lo que había vivido. Pero, al despertarla, ella se sentó en la cama y, sin que yo le dijera nada, comenzó a contarme un sueño que había tenido. En ese sueño, me dijo que el Señor le había hablado, diciéndole que debíamos abrir una iglesia en el pueblo. Además, le dio los mismos detalles que yo había recibido.

Cuando le conté lo que me había sucedido a mí, comprendimos sin lugar a dudas que era la voluntad de Dios que abriéramos primero una casa de oración. Al hacerlo, comenzaron a llegar hermanos, aun sin haber hecho ningún esfuerzo evangelístico. Las enseñanzas no representaban un problema para mí, y la presencia del Señor respaldó nuestras reuniones con manifestaciones sobrenaturales.

A las pocas semanas, comenzamos a buscar un salón para alquilar. Por casualidad, encontramos un local bastante grande que aún estaba en construcción. Le faltaban las veredas, el cielo raso y algunos detalles interiores, pero se

veía muy lindo, aunque un poco grande para la cantidad de personas que teníamos hasta ese momento. Aun así, recuerdo que nos acercamos a la puerta y, junto con mi esposa, impusimos las manos, orando a Dios para que, si ese lugar era para nosotros, impidiera que alguien más lo alquilara. Estábamos dispuestos a esperar hasta que lo terminaran.

Contactamos al dueño del local, quien nos contó que lo había construido con la intención de alquilarlo a una empresa de máquinas de juego, como un pequeño casino de apuestas, o, en su defecto, a una empresa automotriz. Le compartimos nuestro deseo, y nos dijo que tendríamos que esperar a que lo terminara. Le respondimos que no teníamos prisa, pero que por favor nos reservara el lugar. Días después, casi sin entender por qué, nos confirmó que lo haría.

La gente seguía llegando, las reuniones se hacían cada vez más lindas y comenzamos a preparar todo lo necesario para decorar el salón. Construimos el púlpito de manera artesanal, hicimos columnas, macetas, cuadros, cortinas y comenzamos a averiguar el precio de las sillas, sin saber cuántas necesitaríamos al principio.

El local era grande y no teníamos mucha gente, por lo que no sabíamos cómo obtener los recursos económicos necesarios para lograr lo que deseábamos. Sin embargo, el Señor nos sorprendió. Compramos una cantidad impensada de hermosas sillas de una manera ciertamente sobrenatural, y también conseguimos el dinero para hacer una plataforma

con escalones alfombrados, además de acondicionar el resto del salón hasta dejarlo muy bonito.

El día de la inauguración hicimos una hermosa fiesta. Nos visitó gente de otra ciudad que llegó en autobús y varios vehículos. Invitamos a las autoridades locales y a todos los pastores y hermanos del pueblo, pero solo asistió el intendente. De los pastores y hermanos, solo recibimos palabras negativas, desalentadoras e, incluso, maldiciones.

No entendíamos tal reacción, pero imaginábamos que algo así podría ocurrir, porque después de haber recibido la orden divina de abrir una congregación, fuimos a la casa del pastor presidente del consejo de la ciudad, y en lugar de alegrarse por lo que le contábamos, se enojó muchísimo. Nos gritó, diciendo que a cualquiera se le ocurría abrir una obra sin consultarle, y que seguramente les quitaríamos gente a las demás congregaciones de la ciudad.

Nosotros le aseguramos que no era nuestra intención, y tratamos de explicarle que no era algo que habíamos buscado, sino que Dios nos había hablado. A pesar de esto, no solo no nos escuchó, sino que fue elevando el tono de su voz hasta echarnos de su casa, gritándonos y lanzando increíbles amenazas que prefiero no recordar.

Durante los primeros meses, este pastor se paraba con su auto frente a nuestro local cada vez que teníamos reuniones y levantaba su mano, orando para que tuviéramos que cerrar. Sin embargo, no solo no ocurrió lo que él deseaba,

sino que, siendo el reverendo de su denominación y tras varios años de pastorado, terminó cerrando la congregación que pastoreaba. Fue una verdadera pena, pero a la vez una situación lógica, porque mientras él nos maldecía, nosotros levantábamos las manos bendiciendo su vida, su congregación y a todos los pastores y las demás congregaciones de la ciudad.

Por nuestra parte, crecimos rápidamente. De haber comenzado como una célula en nuestra casa, en pocos meses nos convertimos en la congregación más grande de la ciudad. Llamábamos la atención de todos, pero también recibíamos constantes críticas de los demás pastores. No entendíamos por qué, ya que muchos hermanos de otras congregaciones nos miraban con recelo y propagaban mentiras sobre nosotros. Esto nos resultaba inexplicable, ya que nunca habíamos tenido un conflicto personal con ningún pastor, excepto por la escena en la casa del presidente del consejo.

Todo marchaba bien y estábamos muy felices, pero de pronto llegó la hecatombe. Un caso de abuso en una familia generó un gran conflicto. Aunque nosotros no tuvimos nada que ver con semejante aberración, los rumores y las acusaciones cruzadas entre víctimas y culpables nos afectaron duramente como congregación.

Sin entrar en detalles, lo cierto es que, en el transcurso de los días, sufrimos un éxodo masivo de personas. Al ser una congregación tan nueva, no habíamos tenido tiempo de discipular a la mayoría de los hermanos. No tenían una

identidad espiritual formada, no estaban consolidados. De tener tanta alegría y expectativa, de repente nos quedamos con apenas unos pocos hermanos, sumidos además en una gran tristeza.

Mi esposa y yo tuvimos que afrontar estos conflictos, presiones y críticas sin ninguna experiencia previa. El dolor, la frustración y la incertidumbre nos golpearon de lleno. Yo seguía predicando en otras ciudades, pero internamente mis procesos eran muy duros. En alguna ocasión, diferentes profetas me dijeron que estaba atravesando un proceso, que Dios me estaba enseñando y que era necesario que pasara por esas pruebas, porque algún día tendría que ser pastor de pastores, pero primero debía aprender ciertas cosas.

Aun así, no encontrábamos consuelo. Es cierto que no vivimos una división directa, donde algún líder nos hubiera quitado a la mitad de la congregación para abrir otra iglesia, pero el éxodo sufrido fue igual de doloroso, así como la angustia que tuvimos que soportar.

Un día, estando solo en casa, el Señor me recordó la visita de un pastor amigo que, en medio de ese proceso doloroso, nos había aconsejado que corriéramos las cortinas para que la gente de la ciudad pudiera ver el hermoso interior del salón. Nosotros nos negamos a hacerlo, porque si no lo habíamos hecho cuando el salón estaba lleno de gente, mucho menos lo haríamos en ese momento, cuando la gran mayoría se había ido. Aun así, solo guardamos silencio ante su consejo.

Mientras recordaba ese momento estando solo en mi casa, el Señor me hizo una pregunta: “¿*Correr las cortinas te da vergüenza? ¿Por qué te da vergüenza si la iglesia no es tuya?*”. En ese instante fui quebrantado, porque comprendí las miserias de mi corazón. Era verdad que en los días de crecimiento hablaba con facilidad sobre lo que estábamos viviendo, pero ante la gran pérdida de gente, no solo no comentaba nada, sino que pretendía ocultar lo que estaba sucediendo.

Además, en muchas ocasiones había predicado que yo no tenía una iglesia, que la iglesia era del Señor. Sin embargo, en ese momento, el mismo Señor me confrontaba respecto a mi vergüenza, y era evidente que, en algún punto, me había creído dueño de la iglesia. Minutos antes de esa inesperada revelación, yo habría jurado que no era así, pero entonces: ¿por qué motivo el Señor me diría tan claramente: “*Si la iglesia no es tuya...?*”?

En ese momento, en verdad sentí una gran vergüenza. Pude ver mi ego, mi vanidad y mi orgullo. Estaba en pleno proceso de quebranto, llorando a más no poder, cuando el Señor me habló una vez más, preguntándome: “¿*Acaso yo tuve vergüenza cuando mi Hijo estuvo desnudo en una cruz?*”. Para ese entonces, ya estaba tirado en el piso, debajo de la mesa del living de mi casa.

Hasta el día de hoy, recuerdo ese momento como una bisagra absoluta en mi vida ministerial. Le prometí al Señor que nunca más permitiría a mi corazón considerar algún

derecho de propiedad sobre lo que era absolutamente suyo. Pero, además, aprendí los motivos fundamentales por los cuales todo éxodo o división duele tanto a los pastores.

Aunque todos sabemos que la Iglesia es del Señor, el trabajo que realizamos desde los cimientos, los detalles, las vivencias con los hermanos, el avance paso a paso de lo que comienza con un mandato divino y se va convirtiendo en una hermosa realidad, hace que, sin pensarlo y sin desearlo, nos enamoremos de la obra, al grado de sentir que, de alguna manera nos pertenece. Reitero: podemos jurar que no, pero en el fondo de nuestro corazón ocurre eso.

Por tal motivo, nos duele tanto cuando alguien se va, nos alegra tanto cuando alguien nuevo llega, y aun nos medimos o comparamos con otras congregaciones. Nos enfocamos en avanzar, celebramos cada compra, cada evento y cada resultado positivo con gran alegría. De manera que, al encontrarnos con otros colegas, no necesitamos que nos pregunten cómo nos va; comenzamos a contar los éxitos de nuestra gestión. Sin embargo, cuando todo se estanca o recibimos un duro revés, preferimos el silencio.

Así es nuestro corazón: engañoso y egocéntrico. Decimos servir a Dios, pero sutilmente nos apropiamos de los éxitos con la misma intensidad con la que nos mostramos ante Él, como víctimas del dolor y las traiciones. Siempre digo: los empleados de un supermercado no se alegran cuando llega mucha gente ni se entristecen si las ventas son pocas, porque no son los dueños del negocio. Sin embargo,

aunque digamos que no, los pastores nos adueñamos muchas veces de la Iglesia del Señor.

De todas maneras, esto no lo hacemos con malas intenciones; es algo lógico que nos ocurra. Cuando vivimos tantas experiencias con la gente y en la dinámica de la obra, ¿cómo no vamos a amarla y sentirla como nuestra? El problema es que no lo es. En una ocasión, el Señor me dijo que estaba bien que amara a la iglesia, porque debía servirla con respeto y honor, pero que debía tener presente que mi esposa era la que estaba en mi casa, que la Iglesia era de Él y que debía tener mucho cuidado de no caer en adulterio espiritual.

La Iglesia es su novia, no la nuestra. Nosotros debemos cuidarla y servirla como los eunucos lo hacían con la hermosa doncella Ester. Para que una joven pudiera presentarse ante el rey como posible candidata a reina, debía completar doce meses de tratamientos de belleza: seis meses con aceite de mirra y otros seis con perfumes y diferentes clases de cosméticos (**Ester 2:12**). Los encargados de tal labor eran los eunucos, quienes preparaban a la futura reina para el rey, sirviéndola, pero sin servirse de ella.

Nosotros, los pastores, debemos ser como eunucos espirituales para servir a la Iglesia. Debemos prepararla para el Rey, embellecerla. Y para tal tarea, es lógico que debemos tratar con ella, respetarla, conocerla, tocar su piel y lograr que se vea cada vez más hermosa, pero debemos tener en claro que no es para nosotros, sino para el Rey de gloria.

Si de pronto nos duelen tanto algunos conflictos, lloramos por las retiradas y ponemos la obra en el primer lugar de nuestra vida: ¡Cuidado! Es muy probable que estemos mirando a la amada del Señor con otros ojos. Y peor aún, hay quienes pretenden servirse de la reina como si tuvieran derecho a recibir más de lo que les corresponde.

Dicho esto, posicionándonos sanamente en el ministerio responsable y apasionado, es lógico que amemos la obra y suframos al ritmo de su desarrollo, pero debemos hacerlo sin motivos personales ni egoístas, sino por causa del amor y respeto que le tenemos a nuestro Señor. El apóstol Pablo decía sufrir por la obra:

“En trabajos y fatiga, en muchos desvelos, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez; y además de otras cosas, lo que sobre mí se agolpa cada día, la preocupación por todas las iglesias. ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿A quién se le hace tropezar, y yo no me indigno?”.

2 Corintios 11:27 al 29

Las divisiones causan mucho dolor, pero al final las obras pueden experimentar sanidad y restauración. Las congregaciones están llenas de pecadores renacidos que, por un lado, van tratando de madurar la nueva naturaleza espiritual recibida, y por el otro, pelean contra la vieja naturaleza que no se detiene en su pretensión de recuperar su lugar de gobierno.

Ningún cristiano es perfecto, y ningún pastor, anciano o diácono lo es. Lamentablemente, algunas personas demandan de una congregación una perfección que no es posible. Mejor dicho: debería serlo en cristianos maduros, pero en la dinámica de la vida es diferente a los ideales pretendidos. Es entonces cuando personas, sistemáticamente maltratadas por la vida, llegan a la Iglesia y, después de ser recibidas amorosamente y ministradas de la mejor manera posible, demandan perfección, casi como si olvidaran cómo el diablo las maltrató.

Cuando un grupo de personas con diferente desarrollo espiritual se junta, los desacuerdos, las heridas y los malentendidos son inevitables. Si las expectativas que tenemos de los demás son demasiado altas, la decepción es inevitable y puede causar sentimientos más profundos de dolor y resentimiento. Nuestra respuesta debe ser perdonarnos unos a otros con bondad y compasión (**Efesios 4:32**).

Aun así, los pastores debemos procurar estar permanentemente en plena comunión espiritual con Dios. No me refiero solo a vivir en santidad o congregarnos, eso es lógico; me refiero a pasar tiempos de verdadera intimidad con Dios. No debemos permitir que el activismo nos saque de darle a Dios el primer lugar en nuestras vidas. No debemos dejar que el tratar de complacer a las personas nos aleje de Aquel a quien verdaderamente debemos complacer.

Cuando caemos en ese error, nos cansamos, nos sentimos agobiados por los problemas, nuestro mensaje se vuelve rancio y recurrimos a los sistemas de funcionamiento en lugar de depender de la unción. No debemos desenfocarnos de Aquel que nos llamó. Está bien eso de tener “olor a ovejas”, pero déjenme decirles que los pastores debemos tener, primeramente, “olor a Cristo”, porque de lo contrario, ni las ovejas estarán felices con nuestro esfuerzo.

No debemos permitir que nuestras enseñanzas estén dirigidas solo a solucionar problemas domésticos y personales. Ciertamente, la vida del evangelio del Reino llevará muchas cosas al orden divino, pero no es nuestra asignación resolver los problemas de la gente, sino predicar el Reino, enseñando a los hermanos a sujetarse al gobierno del Señor. Todo lo demás es cuestión de Él.

No debemos rodearnos de ayudantes voluntariosos, sino espirituales. Hay muchas personas que son fáciles de conducir y muy colaboradoras, pero eso no significa que debamos levantarlas como líderes. Siempre debemos consultar a Dios respecto a Su voluntad. Mucho menos debemos reconocer a alguien por sus bondadosas colaboraciones financieras. ¡No debemos fijarnos en esas cosas! Comprendo muy bien las necesidades que genera la obra, pero ese no debe ser nuestro problema. Si el Señor es el dueño de la Iglesia, Él la sostendrá como corresponde; nosotros solo debemos predicar el evangelio correctamente.

Si les aconsejo a los pastores no levantar líderes rápidamente o por cuestiones emocionales, mucho más les recomiendo no ordenar ministros que no tengan un claro llamado de parte de Dios. Cuando levantamos a personas que Él no ha llamado, es muy probable que, con el tiempo, tengamos a un rebelde que se le sube el cargo a la cabeza y quiere ir por más.

Una de las características principales de aquellos que tenemos un llamado es tener seguridad de eso en el corazón, pero al mismo tiempo sufrir inseguridades respecto de nosotros mismos. Tenemos temor de hacer algo indebido, y por tales motivos no buscamos ni deseamos nada que Dios no nos esté otorgando. Por el contrario, quienes dicen tener un llamado pero no lo tienen, se creen muy capaces, no dudan de ellos mismos, sino de los demás. No temen tomar lugares de autoridad; por el contrario, los desean, los buscan, y si es necesario, los pelean, generando divisiones.

Quienes no tienen un llamado legítimo siempre están buscando el púlpito, tratando de destacarse, compitiendo con los demás ministros de la casa, buscando imponer sus ideas y ganarse el favor del pueblo. Se gozan cuando los llaman “pastor” o cuando la gente les reconoce la autoridad. Ellos siempre creen que, si estuvieran a cargo de la obra, harían las cosas mejor que aquellos que los levantaron, e incluso mejor que quienes estaban antes de que ellos llegaran.

“Seis cosas hay que el Señor odia, y siete son abominación para Él: ojos soberbios, lengua mentirosa, manos que

derraman sangre inocente, un corazón que trama planes perversos, pies que corren rápidamente hacia el mal, un testigo falso que dice mentiras y el que siembra discordia entre hermanos”.

Proverbios 6:16 al 19

Cuando hay una división, siempre habrá pastores que la generaron por su inoperancia, o pastores que la sufrieron sin justificación. Habrá líderes que la causaron con malicia, o líderes que tuvieron que irse por dirección divina. Sea como sea, siempre habrá víctimas y victimarios. Una división o un éxodo masivo de una congregación siempre producirá heridas y dolor en la gente y en las autoridades.

Las divisiones de la iglesia se sanan con el tiempo, en ocasiones a través del arrepentimiento, haciendo uso de la humildad. En otras ocasiones, simplemente aceptando lo sucedido como algo permitido por Dios, y con la vista puesta en seguir adelante.

Como seguramente hubo desacuerdos y discusiones, lo mejor sería que ambas partes se arrepintieran de todo lo que se haya dicho o hecho, pidiendo perdón si es necesario, incluso aunque no vuelvan jamás a la unidad que alguna vez tuvieron. Es bueno perdonar cuando fuimos víctimas, y es bueno buscar el perdón cuando alguien, con el tiempo, comprende que se ha conducido mal, incluso cuando no hubo nada indebido, pero se generó dolor en los demás.

Por amor al Señor, debemos actuar con humildad. Al final, todos deberíamos presentar nuestro corazón y nuestras obras a Dios para que, en Su luz, nos muestre la Luz (**Salmos 36:9**), y podamos ver lo bueno o lo malo de nuestras obras. De alguna manera, todos somos responsables y debemos asumir nuestras decisiones aprendiendo, tanto si fuimos víctimas de una división como si fuimos quienes la generaron.

Todos deberíamos pedir perdón si es necesario, y todos deberíamos aceptar un pedido de perdón si alguien nos lastimó. Todos deberíamos comprometernos a seguir adelante en los vínculos del amor cristiano, porque el Señor es el único dueño de la obra, y el único que, al final, juzgará nuestras acciones.

Todos deberíamos priorizar la unidad espiritual por amor y respeto al Padre, sin olvidar que el mundo nos está mirando, y ciertamente creará si logramos la unidad verdadera. Al final, la iglesia no es nuestra y no hay un negocio para nosotros en ella. Como pastores, deberíamos tener la suficiente madurez y capacidad espiritual para sanar, perdonar y bendecir a todos, incluso a quienes nos lastimaron con su error.

Debemos tener mucho cuidado en esto, no sea que nos ocurra como al deudor perdonado (**Mateo 18:23 al 35**). Aquel que recibió el perdón de todo, pero no fue capaz de perdonar a quien le debía algo a él. Este hombre no solo recibió el rechazo del Rey, sino que fue entregado en

cautividad y tuvo que pagar su propia deuda. Si observamos esto de manera espiritual, debemos comprender lo terrible que puede ser la falta de perdón.

“¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía. Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas”.

Mateo 18:33 al 35

Atención con esto. Conozco pastores que nunca más se levantaron después de una división, y congregaciones que jamás volvieron a la libertad espiritual después del rencor generado por una división. La falta de perdón puede significar el fin de una obra. A la vez, conozco pastores que generaron una división y, por no pedir perdón, sufrieron en carne propia varias divisiones. Lo que alguna vez sembraron volvieron a cosechar una y otra vez (**Gálatas 6:7**).

Por otra parte, conozco pastores que pidieron perdón y pastores que perdonaron, y gracias al amor, la humildad y la revelación de la gracia, han seguido adelante con éxito. De manera que quienes sufrieron la división recuperaron lo perdido con multiplicación, y los que supieron pedir perdón crecieron sanamente, como si nada hubiera pasado. Al final, lo importante es que el Reino siga avanzando.

***“Tuyos son, Señor, la grandeza y el poder,
La gloria, la victoria y la majestad.
Tuyo es todo cuanto hay en el cielo y en la tierra.
Tuyo también es el Reino, y tú estás por encima de todo”.***
1 Crónicas 29:11



Capítulo seis

LA MENTE DE LOS DIVISIONISTAS

“Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer”.

1 Corintios 1:10

La igualdad de mente que Pablo propone a la iglesia de Corinto no fue una utopía, pero el mandamiento apostólico les quedó algo elevado en su momento. Esto pudo ser lógico para ellos, porque la Iglesia del primer siglo estaba experimentando un diseño espiritual que nunca antes había sido propuesto por el Señor. El Nuevo Pacto permitió la manifestación del Nuevo Hombre, y solo en Él puede operar la mente de Cristo.

En la Iglesia de Corinto, todos eran conversos recientes. No tenían generaciones de cristianos en su cultura. Ninguno había crecido en un hogar cristiano y no tenían experiencia en nada. Algo diferente debería ser para nosotros

hoy, porque, si bien admiramos a la iglesia pionera, nosotros llevamos más de dos mil años de ventaja en experiencia y Palabra. No olvidemos que ellos apenas comenzaban a recibir las primeras cartas apostólicas; ellos no tenían el Nuevo Testamento, y mucho menos las herramientas con las que contamos nosotros hoy.

La iglesia de Corinto era muy especial, porque Pablo deja en claro que ellos abundaban en todo: en fe, en palabra, en conocimiento, en toda solicitud y en amor (**2 Corintios 8:7**). Sin embargo, era una iglesia inmadura, porque los rudimentos más básicos de la fe cristiana aún estaban ausentes, y lidiaban con grandes conflictos de celos, envidias, pleitos, pecados y divisiones generadas por las preferencias ministeriales.

Después de que Pablo recibió algunos reportes problemáticos acerca de la iglesia en Corinto, decidió escribir la carta que conocemos como 1 Corintios. Su propósito más básico fue exhortar a los hermanos a que vivan como el pueblo santo de Dios (**1 Corintios 1:2**).

La revelación que Pablo había recibido del Señor era extraordinaria, por eso planteó la necesidad de hablar algunos misterios solo con aquellos que habían alcanzado madurez (**1 Corintios 2:6**). Sin duda, el evangelio del Reino fue la herramienta que Pablo utilizó para abordar los problemas de la iglesia en Corinto, pero les aclaró la importancia de operar con la sabiduría del Señor, y no con sus limitados razonamientos humanos.

Les enseñó que la sabiduría era Cristo (**1 Corintios 1:30**), y que la única manera de recibir las cosas que ojo alguno vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre era pensando con la mente de Cristo (**1 Corintios 2:9 y 16**). Esto implica un abandono de los razonamientos humanos, una destrucción de los paradigmas heredados y una dependencia absoluta del Espíritu Santo.

Algunos cristianos de Corinto se estaban dividiendo alrededor de los maestros de la Palabra. Por un lado, parecían aceptar algunos valores de la sociedad romana, que se levantaba contra las tradiciones judías y los incipientes lineamientos del Nuevo Pacto. Luego tomaban preferencias e identificaban con algunos ministros. Por eso el apóstol les dice: *“Cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo, de Apolos; y yo, de Cefas; y yo, de Cristo...”* Luego les preguntó: *“¿Acaso está dividido Cristo?”* (1 Corintios 1:12 y 13).

Pablo no cuestionó la conversión de los hermanos de Corinto, pero sí la inmadurez con la que estaban actuando, porque la manera de pensar, al final de todo, es la manera de gestionar la vida. El mismo apóstol les dijo que cuando él era niño, hablaba como niño, pensaba como niño y juzgaba como niño; pero cuando se hizo hombre, dejó lo que era de niño (**1 Corintios 13:11**).

Detrás de toda división, hay razonamientos vanos, alejados de la sabiduría divina, no elaborados a través de la mente de Cristo (**1 Corintios 2:16**). Como mencioné

anteriormente, una división puede ocurrir cuando alguien busca manipular a las personas o ciertos eventos para sus propios fines. Puede haber un liderazgo afincado en el orgullo, que procura someter a los hermanos. Puede que surja de desvíos doctrinales o mala gestión del liderazgo, pero en Corinto no era ese el caso.

Algunos hermanos decían sentirse mejor o identificarse con las enseñanzas del mismo Pablo, otros preferían a Apolos, otros al apóstol Pedro con su tendencia más apegada al judaísmo, mientras que otros, casi excusando su independencia, decían que solo eran discípulos de Cristo (**1 Corintios 1:12**). Al final, es claro que no había un problema de liderazgo, sino de inmadurez espiritual, lo cual producía razonamientos vanos.

En su contexto histórico, vemos que Pablo fundó la iglesia en Corinto en su segundo viaje misionero, poco después de su visita a Atenas (**Hechos 18:1 al 17**). En ese momento, Crispo, el principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo, creyeron y fueron bautizados (**Hechos 18:8**).

La trascendente llegada de Pablo generó conversiones y comenzó a forjar los fundamentos de la obra en un entorno muy adverso espiritualmente hablando, porque Corinto era una ciudad comercial con puerto y tenía grandes problemas de prostitución, vicios, corrupción, idolatría y cultura pagana, donde adoraban a la diosa Afrodita con todo tipo de perversión.

Aun así, en esos momentos claves, el Señor le dijo a Pablo en una visión nocturna: ***“No temas, sino habla, y no calles; porque yo estoy contigo, y ninguno pondrá sobre ti la mano para hacerte mal, porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad...”*** (Hechos 18:9 y 10). El apóstol estuvo entre ellos no menos de un año y seis meses, enseñando y evangelizando (**Hechos 18:11**).

Aparentemente, Priscila y Aquila estuvieron con él por algún tiempo en esta plantación (**Hechos 18:3 al 5**). Recordemos que fueron quienes instruyeron a Apolos en Éfeso, respecto del mensaje que él estaba dando (**Hechos 18:26**). Apolos tenía una presencia imponente en la iglesia; por su elocuencia y oratoria era muy admirado, pero carecía de algunos fundamentos del Nuevo Pacto.

Después de enseñarles sobre el Espíritu Santo, Priscila y Aquila motivaron a Apolos a que fuera a Corinto (**Hechos 18:27 a 19:1**). Este predicador estuvo entre los corintios por algún tiempo después de Pablo, enseñando y alentando a la congregación. Y, por lo que vemos en la carta, algunos lo prefirieron a él antes que a los apóstoles, mientras que otros, evidentemente, se quedaron con el recuerdo de Pablo y lo preferían a él.

Ante esta situación, podemos ver claramente que entre Pablo y Apolos no había ninguna división. Pablo plantó la iglesia, compañeros de ministerio de Pablo instruyeron a Apolos, y Apolos fortaleció a la iglesia en Corinto. Es más, en la misma Carta a los Corintios (**1 Corintios 16:12**), vemos

que Pablo y Apolos mantenían una constante relación. El problema era entre los creyentes.

En realidad, todos hemos pasado en algún momento por una situación similar, donde preferimos la manera o las formas de un ministro más que las de otros. Sin embargo, en Corinto, esto no era algo esporádico; es evidente que ellos tenían divisiones reales y profundas. Pareciera ser que no se trataba solo de preferencias, sino que ya había jactancias (**1 Corintios 3:21 al 23**).

Los que habían conocido a Cristo por medio de Pedro, Pablo o Apolos pensaban que su fidelidad a estos hombres los hacía, de alguna manera, superiores a los demás. Quizás algunos admiraban y se gloriaban en que Pedro era uno de los doce apóstoles y un hombre de acción; otros, probablemente, se enorgullecían del conocimiento de Pablo; y otros, preferían la elocuencia de Apolos.

Es posible que algunos se consideraran muy especiales, aceptando solo como su maestro a Cristo, y a nadie más. Es fácil imaginar que estos últimos, los “de Cristo”, se jactaban de no tener que hacer caso a ningún hombre porque solo servían a Cristo.

Indudablemente, debió ser bastante incómodo pastorear esta iglesia. Pablo les habla duramente en la carta y los llama “carneles”. No por tener una preferencia respecto a los predicadores o maestros, sino por la división que esa preferencia generaba entre los hermanos. Tener una

predilección por un predicador no nos hace carnales; la carnalidad surge cuando competimos, menospreciamos o discutimos con otros hermanos.

El problema de la división no radica en que nos guste lo que alguien tenga que decir, sino cuando encontramos nuestra identidad en ese alguien, de manera que nos separamos de otros ministerios o incluso de hermanos que piensan diferente. Hoy en día, a través de los medios, se ha generado una peligrosa idolatría hacia algunos hombres de fe. Muchos de ellos son verdaderos ministros del Señor y bendicen al cuerpo de Cristo, pero la idolatría siempre es mala, porque enceguece a quienes la padecen y es un grave pecado a los ojos del Señor.

“¿Qué es, pues, Apolos? ¿Y qué es Pablo? Servidores mediante los cuales ustedes han creído, según el Señor dio oportunidad a cada uno. Yo planté, Apolos regó, pero Dios ha dado el crecimiento. Así que ni el que planta ni el que riega es algo, sino Dios, que da el crecimiento”

1 Corintios 3:5 y 6

En última instancia, cada congregación está compuesta por individuos, y la forma en que pensamos afecta el funcionamiento de la iglesia. Todos estamos influenciados, de alguna manera, por la cultura de nuestra tierra, de nuestra casa y de nuestro entorno, así como también somos formados en la cultura del Reino. La capacidad de mudar nuestra manera de pensar a la mente de Cristo será la medida de nuestra eficiencia espiritual.

Una o dos reuniones semanales no pueden contrarrestar una cultura de pensamientos forjada durante años. Es indudable que necesitamos un proceso para desarraigar viejas ideas y abrazar nuevas verdades del Reino. En esos procesos, es común que surjan pensamientos y reacciones ajenas al Reino, y es con base en esos pensamientos que comienzan a gestarse celos, envidias, pleitos, contiendas y, por supuesto, divisiones.

Los motivos pueden ser muchos, pero generalmente todos se derivan de la misma causa: el orgullo y el egoísmo. Santiago 4:1 al 3 dice: *“¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿No es de vuestras pasiones, las cuales combaten en vuestros miembros? Codiciáis, y no tenéis; matáis y ardéis de envidia, y no podéis alcanzar; combatís y lucháis, pero no tenéis lo que deseáis, porque no pedís. Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites”*.

La transformación del corazón se logra por la obra del Espíritu Santo en nuestras vidas. Corresponde a cada uno de nosotros vivir intensamente a Cristo y permitir la obra del crecimiento espiritual mediante el conocimiento de la verdad en una íntima y sana comunión con el Espíritu Santo.

Por otra parte, debemos aprender a cultivar una buena comunión con otros hermanos en la fe, una comunión que vaya más allá del simple hecho de sentarnos juntos en un servicio dominical (**Filipenses 2:12 y 13**). Asistir a la iglesia es esencial, pero vivir la vida cristiana es mucho más que

simplemente ir a la iglesia cada semana. La cultura de la sociedad actual está fundamentada en el egocentrismo y la autoestima, dando importancia a los demás solo en la medida en que estén dispuestos a prestarnos atención, valorarnos o darnos en la misma proporción en que nosotros nos consideramos.

Esta actitud siempre lleva a la disensión, los celos o el enojo, porque generalmente esos son los resultados naturales de la adoración personal. Cuando alguien se estima a sí mismo más que a nadie, siempre demandará, pero no se dará a los demás en la misma medida. Entonces, no solo causará enojos, sino que se enojará cuando alguien le sea indiferente o no comparta sus ideas.

Uno de los antídotos para estos males se encuentra en Tito 2:11 al 13: ***“Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”***.

La gracia de Dios, derramada sobre aquellos que le pertenecen por la fe en Cristo, nos permite negar las pasiones del mundo, dejar de lado la inmoralidad y vivir con humildad hacia los demás:

“Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo”

Filipenses 2:3

El egoísmo y la carnalidad no son solo cosa de inmaduros, como sucedió con los hermanos de Corinto; hoy en día, encontramos a muchos líderes que se aman demasiado, que buscan promoción, reconocimientos y protagonismo. A través de estos líderes suelen generarse las peores divisiones, porque tienen hermanos que los escuchan e influyen en ellos.

Cuando estos líderes se sienten inconformes con la posición que se les otorga, comienzan a buscar la forma de captar una mayor atención. Estos suelen robar el corazón de los hermanos, como lo hizo el mencionado Absalón, y al final, van en busca de lo suyo. Generalmente, cuando una congregación se divide, tal movimiento lo genera alguien posicionado en el liderazgo.

En una ocasión, nosotros recibimos a una familia que venía de otra iglesia. El matrimonio ya era maduro en la fe y tenía cierta formación espiritual; de hecho, habían servido durante algunos años en una congregación. Tratamos de recibirlos con amor y restaurar sus vidas, debido a los conflictos que habían atravesado.

Podría decir que se habían adaptado muy bien a nuestra forma de administración espiritual. Por lo cual, después de varios meses, o algo más de un año, comencé a darle al hermano, algunas oportunidades en la coordinación de la reunión. Esto con pequeñas intervenciones, como abrir la reunión, levantar la ofrenda o compartir una reflexión en algún momento determinado.

Todo parecía funcionar muy bien. Incluso un día, el hermano me preguntó si había alguna posibilidad de abrir una célula en su casa, porque en el barrio en el cual ellos vivían había muchas familias con necesidad y muchos jóvenes atrapados por el consumo de estupefacientes. Le dije que sí, que me parecía muy buena la idea, y muy valiosa la intención de abrir su casa para la predicación del evangelio.

Al tiempo, el hermano me dijo que estaba preparando todo y me preguntó si yo iría a compartir en la primera reunión que se daría en su casa. Yo no estaba mucho en la ciudad por causa de mis viajes, pero le dije que, si estaba en esos días, con gusto participaría de su primera reunión celular.

Un día me llamó por teléfono y me preguntó si podía ir a la reunión. Me complicó que me llamara a menos de una hora de la reunión, pero me organicé rápidamente y fui. Lo impactante de todo esto es que, al llegar a su casa, me condujo hacia la zona del garaje. Generalmente, las reuniones de célula se ofrecían en el living de la casa, pero este hermano había preparado en el garaje varias sillas alineadas, un púlpito

sobre una alfombra y un equipo de sonido con micrófono y todo para la reunión.

No me pareció correcto que armara un salón de culto, cuando solo les había dado autorización para hacer una reunión en la casa, pero ya era demasiado tarde para impedir la reunión. En primer lugar, porque lo más importante para mí era que se predicara el evangelio, y en segundo lugar, porque si bien se les había ido la mano en algunos detalles, tenían la intención de servir a Dios.

En la reunión aparecieron miembros de su familia y, curiosamente, asistieron algunos hermanos de la congregación. Bueno, pensé que el hermano los había invitado porque era la primera reunión, pero todo me pareció fuera del orden de autoridad que debieron respetar. El hermano tomó el micrófono, coordinó toda la reunión, todos cantamos algunas canciones y luego me entregaron el púlpito para la predicación.

Al terminar la reunión, le aclaré a este hermano cuál era mi posición y la diferencia entre abrir una célula de oración o abrir un anexo. Él me aseguró que esa no era la intención, que no había pretendido abusar de mi permiso, y mucho menos faltarme el respeto. Yo no estaba enojado, solo sorprendido por lo que había pasado, pero el hermano me repetía que la única intención fue que estuviéramos más cómodos y que había invitado a los hermanos solamente porque era la primera reunión.

A partir de entonces, el hermano y su esposa abrieron su casa para realizar reuniones semanalmente. No faltaban a las reuniones que teníamos en el salón central, y no había cambiado en sus serviciales actitudes. Tampoco realizó nuevas invitaciones a los hermanos, y todo parecía desarrollarse relativamente bien.

Un día de invierno, me comentó que estaban pasando mucho frío en ese garaje, y me comprometí a conseguirle un calefactor para que los hermanos estuvieran a gusto. Él se mostró muy feliz y, al final de la reunión, nos despedimos con un abrazo fraternal. Me deseó un buen viaje, porque yo tenía que viajar a un evento al que estaba invitado en el sur de la Argentina, y me dijo: “Pastor, nos vemos la semana que viene...”

Durante ese fin de semana, más precisamente un sábado, el hermano me llamó por teléfono. Yo me alegré por su llamada, lo saludé y le pregunté si necesitaba algo en especial, entonces fue cuando me dijo: “Lo llamo para decirle que por ahora no nos vamos a congregarnos más... Ya lo hemos hablado como familia y eso es lo que queremos”. Yo me quedé paralizado; no esperaba que él me dijera tal cosa. Entonces le pregunté si había pasado algo, si alguien lo había ofendido, si le había molestado alguna actitud mía, o algo por el estilo, pero él me dijo que prefería no hablar, que todo estaba bien, que no tenía nada que decirme y que respetara su decisión.

Por supuesto que le dije que respetaba su decisión. Nunca he considerado tener a nadie contra su voluntad. Le pedí que nos encontráramos a mi regreso para tomar un café y hablar sobre la situación, pero me dijo que no, que ya lo habían decidido y que no teníamos nada que hablar.

Fue inesperado para mí y, la verdad, me cayó muy mal. No con enojo, sino con tristeza, porque toda su familia dejaría de congregarse con nosotros. Había recibido su llamado en la calle, por lo cual caminé varias cuadras impactado por lo sucedido, llegué al lugar donde estaba alojado y, al llegar a la habitación, me puse de rodillas a orar por ese asunto.

Realmente estaba conmovido. Comencé a llorar y le dije al Señor que me perdonara si yo había hecho algo mal, si hubo algún motivo que no percibí, si no estuve lo suficientemente atento a ellos o algo así, pero algo sucedió. Pasados unos minutos, el Señor me habló claramente y me dijo: *“Ellos no se fueron, ellos nunca estuvieron...”* Eso sí que me impactó por completo y, hasta el día de hoy, me ha dejado una gran lección.

Me quedé pensando en esas palabras y comprendí que Dios no mira más que nuestros corazones. Él sabe si estamos de cuerpo presente, pero de corazón ausente. Entonces me vino a la mente lo que dijo Esteban a los judíos religiosos, antes de morir apedreado:

“Este es aquel Moisés que estuvo en la congregación en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sinaí, y

con nuestros padres, y que recibió palabras de vida que darnos; al cual nuestros padres no quisieron obedecer, sino que le desecharon, y en sus corazones se volvieron a Egipto...”

Hechos 7:38 y 39

Notemos que la teología nos ha enseñado que una generación de hebreos murió en el desierto por incredulidad, pero según Dios, esos hebreos no murieron en el desierto, sino en el mismo Egipto de donde no lograron salir definitivamente. Ellos recibieron palabras de vida y vieron la gloria de Dios, pero no quisieron obedecer, desecharon el gobierno divino y en sus corazones se volvieron a Egipto.

Jesús lo había dicho: *“Pues donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón”* (Mateo 6:21). Dios no mira cuerpos, mira corazones, tal como le dijo al profeta Samuel el día que lo envió a ungir a David (**1 Samuel 16:7**). Lo que Dios me quiso decir fue que estos hermanos, aunque estuvieron con nosotros durante bastante tiempo y compartieron muchas reuniones, en sus corazones nunca estuvieron de verdad. Ellos ya tenían, incluso antes de llegar, la idea de abrir una nueva congregación. Nosotros solo fuimos el trampolín para lograrlo.

Fue una dura lección para mí, pero me enseñó a comprender que las congregaciones no son lo que vemos naturalmente, sino lo que Dios ve espiritualmente. Puede haber gente reunida, pero no unánime; incluso diría que puede haber discípulos como los que tenía Jesús. Cualquiera

que los veía caminar juntos los podría considerar unidos, pero no olvidemos que entre ellos había un Judas que robaba y, al poco tiempo, traicionaría al Maestro.

Nosotros podemos ver la mano de alguien en nuestro plato y pensar: “Qué lindo, qué unidos estamos, cuánto afecto y cuanta familiaridad...”. Pero eso no es necesariamente la verdad de lo que está ocurriendo. Es decir, las divisiones no son el resultado de un movimiento impulsivo, sino la manifestación de lo que en verdad hay en el corazón de los que se alejan.

Cuando en un matrimonio alguien determina el divorcio, no es porque se enojó, sino porque trabajó esa separación mucho antes en su corazón. Eso es lo que realmente ocurre en muchas congregaciones: parecen estar juntos, parecen amarse, honrarse y respetarse, pero en los corazones suele haber rebeliones solo retenidas hasta el día de su manifestación.

La mente envía señales al corazón; si el corazón no logra purificarlas, las enviará nuevamente a la mente para consolidarlas aún más. Al final, los resultados no son más que aquellos que ya estaban, solo que encontraron el momento de su manifestación.

La gran pregunta sería: ¿Cuando miramos la Iglesia en su conjunto, estamos seguros de ser quienes decimos ser o de tener a quienes decimos tener?

“Nada hay tan engañoso y perverso como el corazón humano. ¿Quién es capaz de comprenderlo? Yo, el Señor, que investigo el corazón y conozco a fondo los sentimientos; que doy a cada cual lo que se merece, de acuerdo con sus acciones.”

Jeremías 17:9 y 10 DHH



Capítulo siete

CAUSAS Y CONSECUENCIAS

***“Es mejor la reprensión franca que el amor disimulado.
Son más confiables las heridas del que ama, que los falsos
besos del que aborrece.”***

Proverbios 27:5 y 6

He analizado las divisiones desde posibles escenarios espirituales y naturales. He aclarado la diferencia entre generar una división o sufrir un éxodo de personas. He señalado que hay gente que simplemente se va de la Iglesia sin provocar ninguna división. Muchos de ellos se van con razón, porque han sufrido el abuso de un liderazgo manipulador y religioso, mientras que otros se van por capricho, generando un dolor injustificado a quienes los han pastoreado con amor sincero.

He tratado de ser amplio en considerar que, en algunas ocasiones, las divisiones son inevitables, que en otras son permitidas, en otras pueden ser razonables, y otras veces son injustas o malintencionadas, incluso al grado de encontrar participación diabólica en el asunto.

Lo que no podemos dudar es que detrás de toda división hay un tiempo de amor disfrazado, con falta de sinceridad. Aun en los mejores casos, quienes justificadamente desean retirarse de una congregación suelen mantener cierta hipocresía hasta que toman la decisión de evidenciar lo que ya sentían. Esto se agrava cuando alguien no solo desea irse, sino que también busca dividir a los hermanos.

La honestidad es muy valiosa porque se presenta desnuda, sin velos engañosos. Aunque las malas noticias nunca son deseadas, es preferible alguien que nos golpee de frente a recibir un golpe desde la espalda, cuando menos lo esperamos. Lo primero que duele de una división siempre es la falta de sinceridad descubierta: es llegar a comprender que ignorábamos la verdad durante determinado tiempo. Es saber que alguien nos miró de frente, habló con nosotros, compartió momentos agradables, y mientras hacía todo eso, estaba pensando lo peor de nosotros.

Puede que quien provoque la división nos diga que no es nada personal, pero cualquiera sabe que una división o un éxodo de personas es un puñal directo al corazón del pastor o líder. Si en un matrimonio o en una pareja uno le dice al otro que ya no lo ama, que ha conocido a otra persona, se entiende fácilmente que esto no ocurrió de la noche a la mañana. Lo primero que duele es el impacto de enterarse de algo hoy, que ya venía ocurriendo hace tiempo.

Después de la falta de sinceridad y del tiempo en que se comunica, lo que duele es la incomprensión de los motivos. Nadie lidera pensando que está haciendo las cosas mal. Por ende, cuando alguien nos expone varias cosas con las que no está de acuerdo, uno se enfrenta a la necesidad de replantear sus decisiones en medio de la urgencia y el dolor, lo que muchas veces genera un claro desenfoque.

Cuando se trata de una división, alguien será el encargado de hablar con el pastor o con la autoridad de la Iglesia, pero también es doloroso descubrir que detrás de esa persona hay varios hermanos que coinciden plenamente con él. El pastor no se entera de que un líder contrariado pretende irse, sino que recibe la noticia de que, junto a ese líder, también se irán algunas familias que piensan igual.

En esos momentos, si el pastor no había sospechado de algo semejante, puede sentir que la tierra se abre bajo sus pies y cae en el profundo vacío del temor, donde habitan miles de preguntas, pero no hay suficiente luz para encontrar siquiera una respuesta. Además, el pastor no solo pensará rápidamente en la situación de los que se van, sino también en su esposa, su familia y el resto de los hermanos de la congregación.

Lo que ocurre en quienes se quedan es que sufren un amargo dolor, ya que experimentan lo que perciben como una traición. Ellos luchan por conciliar la contradicción entre lo que creen sobre la Iglesia y lo que están viviendo por parte de hermanos que dijeron amarlos. Puedo entender esa lucha,

porque el lugar de donde menos uno espera que surja una traición es de parte de nuestros hermanos en la fe. Personalmente, he sido herido por hermanos o consiervos por quienes profesé mi amor y, por desgracia, he tenido que reconocer ante terceros que aquellos que defendí sin reservas terminaron traicionándome. Eso también genera un dolor adicional.

Es duro reconocer, ante amigos o familiares, que nuestras pruebas más grandes generalmente vienen de manos de otros creyentes. Es difícil predicarles acerca de lo maravillosa que es la Iglesia, y luego ocultar nuestras lágrimas para que no se den cuenta de que hemos sido traicionados por hermanos en la fe. Esos mismos hermanos, por quienes sacrificamos tanto tiempo con nuestra familia, como determinadas reuniones, cumpleaños, egresos, días festivos, o algunas vacaciones, al final, algunos de ellos, nos miran como diciendo: *¡Vieron! “Al final, quienes ustedes dejaron de lado muchas veces, terminamos siendo los responsables de consolarlos por las heridas que les provocaron sus propios compañeros de milicia cristiana...”*

Además, el no poder contenernos o el hablar sobre la situación vivida puede hacernos sentir que estamos hablando mal de la Iglesia, que estamos traicionando a Dios al criticar a nuestros hermanos. Es como si estuviéramos exponiendo los secretos más oscuros de nuestra familia. Sin embargo, es difícil no hablar de lo que tanto nos duele. Lamentablemente, en las familias pastorales, estos problemas de la

congregación siempre se filtran: en la casa, en el auto, o en la mesa.

J. Oswald Sanders dijo una vez: *“Una cruz permanece en el camino del liderazgo espiritual, una cruz sobre la cual el líder debe permitir ser clavado”*. Es duro y difícil asumir que, muchas veces, esa cruz en la que debemos ser clavados fue edificada por nuestros propios hermanos en la fe, aquellos a quienes hemos tratado de liberar, sanar, consolidar, discipular y guiar.

Servir al Señor no es nada fácil, porque nuestro máximo ejemplo, Jesús, nos enseñó que la injusticia y el dolor son parte del ministerio pastoral. Jesús nunca pecó, por lo tanto, podemos imaginarlo como un hombre que no mentía, que no se dejaba llevar por la ira, los celos infundados, el rencor o la necesidad. Nunca engañó a nadie ni actuó con hipocresía. Él era el amor encarnado, y sus frutos eran extraordinarios. Aun así, fue despreciado, traicionado, abandonado, criticado, insultado, escupido, golpeado, torturado y crucificado. ¿Es comprensible algo así? ¿Cómo es posible que un ser humano pueda tener tanto odio hacia alguien que no le ha hecho ningún mal?

Seguramente Jesús puede entendernos hoy, pero nosotros difícilmente podemos asumir siquiera asuntos menores. El camino de la cruz no es fácil, porque está lleno de injusticias. Sin embargo, al final, el amargo sabor de la muerte se convierte en el dulce sabor de Cristo. No hay trono

sin cruz; por lo tanto, morir a uno mismo es parte del ministerio.

Sin duda, los hermanos en la fe nos brindan muchas de nuestras mayores alegrías, pero también pueden ser quienes nos llevan a la cruz en la que debemos ser clavados. Pensemos por un momento en la descripción que el profeta Isaías hace de Jesús: *“despreciado y desechado entre los hombres; varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de Él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos. Ciertamente llevó Él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido”* (Isaías 53:3 y 4).

El mundo rechazó a Jesús, pero fueron los religiosos quienes incitaron a la gente a gritar: *“¡Crucifiquenlo! ¡Crucifiquenlo!”* Entre ellos estaban muchos de los que Él había liberado, sanado o consolado (**Marcos 15:13 y 14**). Tal vez no estemos acostumbrados a ver la cruz desde la perspectiva de las relaciones, pero parece ser una de las formas más importantes en las que Cristo la experimentó, y de eso tratan las divisiones.

Pablo también comprendió y enseñó esto sin reservas. ¿Podemos imaginar lo que debió sentir cuando, después de tanto esfuerzo y viajes, se dio cuenta de que todos en Asia lo habían abandonado? (**2 Timoteo 1:15**). Al leer sus cartas, vemos que Pablo padecía este tipo de abandonos constantemente. Roma lo persiguió, pero fueron los

hermanos en la fe quienes, con sus actitudes, prepararon la cruz espiritual sobre la cual él permitió ser clavado.

Por lo tanto, si alguna vez nos encontramos bajo los embates del dolor, la traición y la mentira de aquellos que nos prometieron fidelidad, debemos animarnos poniendo nuestros ojos en Jesús, nuestro Señor. Recordemos que al servir al Señor en una Iglesia que no es nuestra, no podemos ser vencidos por el dolor causado por unos pocos. En nuestra lucha contra el pecado, aún no hemos resistido hasta el punto de derramar sangre (**Hebreos 12:4**).

No pretendo ser insensible al dolor que padecemos quienes hemos sufrido una división. Sin embargo, al final, el amor que Dios nos propone extender incluso a quienes nos maldicen o engañan, aun a nuestros enemigos, es clave. Es necesario ponderar con rigurosidad todas las variables en juego. El apóstol Pablo dijo: ***“Porque es preciso que haya disensiones entre ustedes, para que se vea claramente quiénes de ustedes son los que están aprobados”*** (1 Corintios 11:19).

Si hemos emprendido el ministerio pastoral, debemos saber que es muy posible que experimentemos algún proceso doloroso de división. En tal caso, lloraremos la pérdida de hermanos en nuestra congregación, pero eso no debe causarnos una tristeza o amargura que nos impida cumplir con las tareas que el Señor nos ha encomendado. La traición es dura, y Jesús comprende eso mejor que nadie. No obstante,

así como para Él, fue una prueba de fidelidad al Padre, para nosotros es una prueba de vivir verdaderamente en Él.

Existen muchas causas para las divisiones en la Iglesia. Conozco casos donde surgieron desacuerdos en los métodos de trabajo, en la gestión del liderazgo, en la administración financiera, en el orden del culto, en las actividades semanales o en la forma de llevar diferentes áreas de servicio, como la música, la danza, la intercesión, la limpieza, la tesorería, etc.

Existen muchos motivos relacionados con la gestión que generan divisiones, pero también hay razones de índole personal, como el desgaste en las relaciones ministeriales, problemas de carácter, de comunicación, de responsabilidad, de integridad, de formas o incluso de vanidades. Al final, todo gira en torno a los límites de la tolerancia, la humildad y el amor.

A veces surgen problemas doctrinales, porque una facción del liderazgo pretende cambiar, renovarse o trabajar bajo un lineamiento determinado, mientras que otra facción busca continuar con un modelo más tradicional. Por ejemplo, en los tiempos del movimiento apostólico, algunos aceptaron el cambio, mientras que otros se dividieron, conservando sus estructuras originales.

Lo mismo ocurrió con el movimiento profético: algunos lo recibieron, otros se desviaron hacia el misticismo, y otros optaron por mantenerse al margen, aferrándose a una doctrina más conservadora. He conocido casos donde una

facción del liderazgo centró su atención en la intercesión y la guerra espiritual, mientras que otros lo consideraron incorrecto, alejándose de esas prácticas.

También es común encontrar casos en los que comunidades bautistas decidieron renovarse en la búsqueda de manifestaciones espirituales, mientras que otros rechazaron estos cambios, profundizando en la Palabra y descalificando toda manifestación sobrenatural. En algunos casos, líderes han empezado a creer en los dones espirituales y han dejado congregaciones tradicionales donde se consideraba que los dones solo estuvieron activos en la Iglesia apostólica del primer siglo.

Hay líderes que se apartaron de sus denominaciones debido a costumbres legalistas, como la prohibición de la participación de las mujeres en el liderazgo, mientras que otros siguen aferrados a esas mismas ideas. También hay quienes han aceptado enseñanzas sobre la prosperidad financiera, mientras que otros las consideran intereses carnales o vanos. En resumen, las causas que han generado divisiones son múltiples y las consecuencias, aunque varíen en magnitud, siempre están presentes.

Me contaron un caso en el norte de Argentina que resulta muy gracioso, pero también penoso para los cristianos en general. Esta congregación era muy tradicional y legalista, y contaba con un salón de reuniones bastante amplio. El presbiterio estaba compuesto por varios ancianos y todo parecía marchar bien, ya que nadie se atrevía a cuestionar las

estructuras de religiosidad y el control ejercido por el liderazgo.

Un día, unas hermanas decidieron arreglarse un poco el cabello, ponerse alguna prenda más moderna o usar un poco de perfume, lo que provocó un gran escándalo. La congregación comenzó a tomar partido, y el liderazgo se reunió para definir su postura. Tras largas horas de discusión bíblica, se determinó prohibir los cambios que las hermanas querían implementar.

A la semana siguiente, los esposos de estas hermanas, al enterarse de la situación, defendieron a sus esposas y enfrentaron al liderazgo, incitando a la desobediencia. Ellos mismos comenzaron a usar desodorante y perfume sin reservas. Las autoridades de la Iglesia levantaron la voz, acusando de carnales, mundanos y pecadores a todos los que se habían perfumado, en rebelión contra la orden pastoral.

Ante estas presiones, algunos líderes se pusieron del lado de los hermanos que deseaban el cambio, mientras que el resto del liderazgo endureció aún más su postura negativa. Las acusaciones cruzadas aumentaron y las discusiones se volvieron violentas. Finalmente, llegaron a una resolución inesperada y drástica: decidieron dividirse, formando dos congregaciones que, de forma irónica, podríamos denominar “los desodorizados” y “los no desodorizados”.

Eso no fue todo, el conflicto se agravó al decidir quién debía abandonar el salón que ambos grupos habían

construido. Después de muchos debates, acordaron construir una pared en el medio del salón. Un grupo se quedó con el lado derecho y el otro con el lado izquierdo. Cada facción formó una nueva congregación y buscaron nombres diferentes para identificarse. Pero, más allá de los nombres que eligieron, podríamos seguir llamándolos la congregación de “los desodorizados” y la congregación de “los no desodorizados”. En pleno verano, en la provincia de Misiones, en el norte argentino, era fácil darse cuenta en qué congregación estabas entrando.

No sé cuánto tiempo duró el enojo entre ambas facciones ni cómo lograron continuar así. Yo solo escuché esta historia de boca de otro hermano. Nunca visité ese lugar, pero, si fue verdad, es una de las situaciones más extrañas, desopilantes y tristes que he escuchado sobre una división.

Al leer este relato, tal vez alguien se haya sentido identificado con alguna posición en particular. Porque, más allá del título que elegí para este material, existen muchos casos, motivos y situaciones diferentes. Hay verdaderas víctimas, verdaderos victimarios y también algunos merecedores de ciertas circunstancias.

Una fantasiosa ilustración, dice que había una congregación muy feliz, hasta que un hermano preguntó públicamente si Adán tenía ombligo. Entonces, uno de los ancianos explicó que no, que había sido creado sin ombligo, pero el pastor presentó su postura y dijo que sí, que el

ombbligo es parte de la creación divina y que seguramente Adán tuvo un ombbligo, a pesar de no haber tenido mamá.

Ante esto, la congregación se dividió en dos, los hermanos “ombbliguistas” y los no “ombbliguistas”. Todo siguió su cauce normal, hasta que en la primera de estas congregaciones, otro hermano preguntó públicamente si el ombbligo de Adán sería hacia adentro o hacia afuera. Fue entonces que un anciano dijo que hacia adentro, mientras que el pastor dijo que no, que él consideraba la posibilidad de que su ombbligo fuera hacia afuera.

La congregación se dividió en dos, formando otras dos nuevas denominaciones. “Los ombbliguistas adentristas” y “los ombbliguistas afueristas”. Al final, todo siguió su cauce normal, pero solo hasta que en esta última, un hermano preguntó públicamente si el ombbligo de Adán, que seguramente lucía sobresalido, apuntaría hacia la izquierda o hacia la derecha. Entonces, un anciano dijo que seguramente el ombbligo sobresalido estaría inclinado a la izquierda, pero el pastor lo corrigió diciendo que seguramente era hacia la derecha.

Desde entonces, se dividieron una vez más, formando dos nuevas denominaciones. “Los hermanos ombbliguistas afueristas izquierdistas” y los hermanos ombbliguistas afueristas derechistas”. Desde entonces todo marchó muy bien, hasta que un hermano se atrevió a realizar otra pregunta respecto del ombbligo de Adán... Así podría continuar indefinidamente. Esta ilustración es tristemente graciosa,

pero algo así es lo que ha sucedido muchas veces en la Iglesia cristiana evangélica.

Espero que nadie se ofenda, porque no pretendo ser insensible ni expresarme irónicamente sobre algo tan delicado y doloroso, pero tampoco deseo manifestar emociones muy sentimentales que no aportarían nada positivo. Si hay motivos justos o injustos, es Dios quien los juzgará. Si hay heridos y víctimas, es Dios quien los sanará. Si hay culpables orgullosos, maliciosos o ambiciosos, Dios se encargará de ellos. Al final, la obra no es nuestra, es del Señor. Por eso, debemos tener temor y, al mismo tiempo, evitar una gestión basada únicamente en emociones.

Hay tantas causas como consecuencias podemos imaginar, y en su gran mayoría son una penosa prueba del orgullo humano y la falta de sujeción. Reitero este concepto: La Iglesia puede ser vista desde arriba o desde abajo, como la mira Dios o como la miramos nosotros. Si lo hacemos espiritualmente veremos que es preciosa y perfecta en Cristo, si la miramos naturalmente, veremos muchas denominaciones, muchos salones de reunión, muchos carteles diferentes y millones de hermanos con grandes defectos. Todo depende como la observemos, y les aseguro que lo mejor es mirarla como Dios la ve.

Si alguien miraba a Jesús naturalmente tal vez veía a un carpintero, pero si lo miraba espiritualmente seguramente vería al Cristo, tal como lo vio Pedro (**Mateo 16:16**). Así mismo con él, si alguien lo miraba a Pedro naturalmente tal

vez le preguntaría si le podría comprar pescados, pero si lo miraban espiritualmente verían a un apóstol. Si alguien veía a Pablo naturalmente, tal vez vería a un hombre mayor, bajito, pelado y fabricantes de tiendas, pero si lo veían espiritualmente encontrarían a un apóstol de tremenda revelación.

Yo llevo muchos años de mi vida sirviendo al Señor a través de Su Iglesia, y créanme, que la mejor manera de mirarla es espiritualmente. Si no fuera así, tal vez ya estaría neciamente apartado. Sin embargo, desde que le pedí al Señor poder ver a la Iglesia como Él la ve, no puedo más que amarla, admirarla y llamarla: *“Iglesia preciosa del Señor”*.

Todos los hijos de Dios, ya sean ministros ordenados o no, un día estaremos cara a cara con el Señor, y nuestras obras serán juzgadas para recompensa o para pérdida. No hay duda de que serán probadas. Por lo tanto, lo mejor que podemos hacer es servir al Señor con una conciencia limpia, ser buenos administradores de la gracia que hemos recibido y resistir al diablo para que no logre concretar ninguna de sus maquinaciones.

“La obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego”.

1 Corintios 3:13 al 15

RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

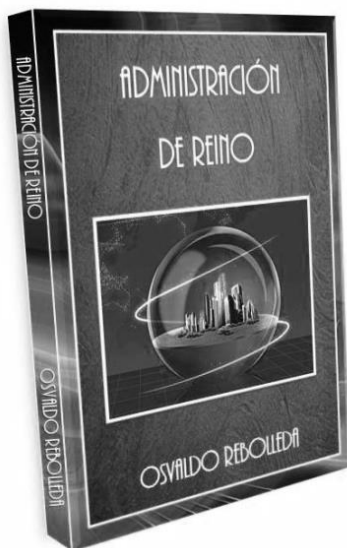
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

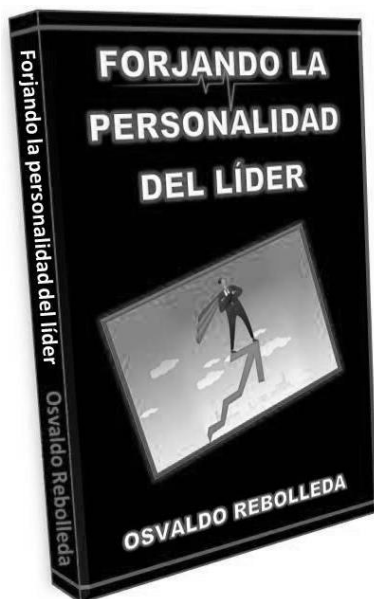
Y hasta lo último de la tierra.

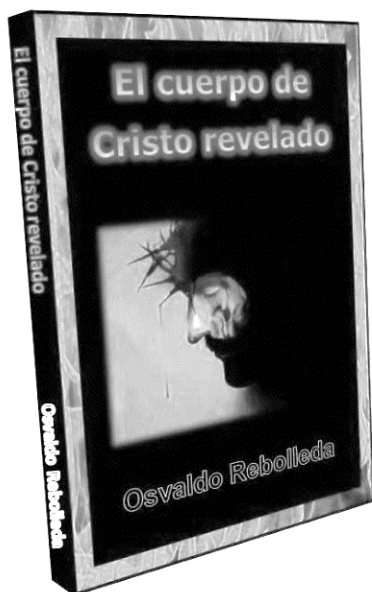
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com



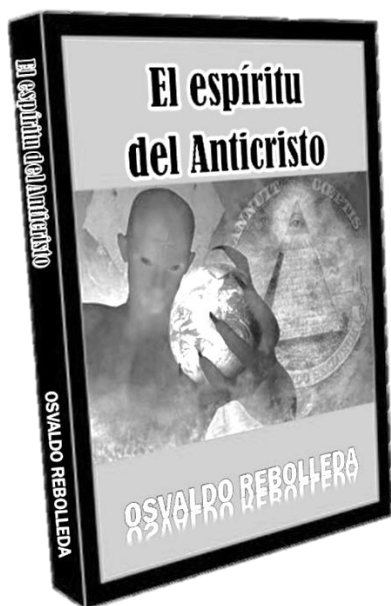
www.osvaldorebolleda.com



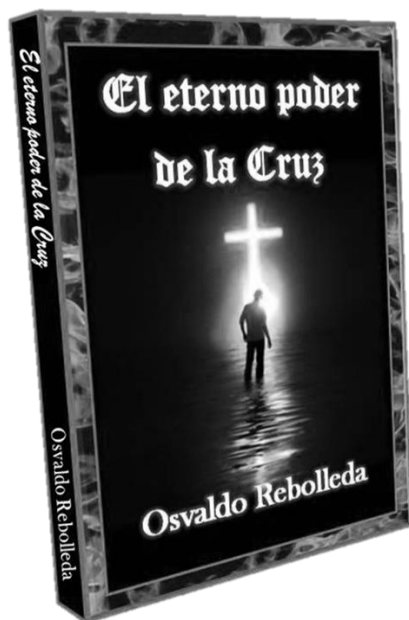
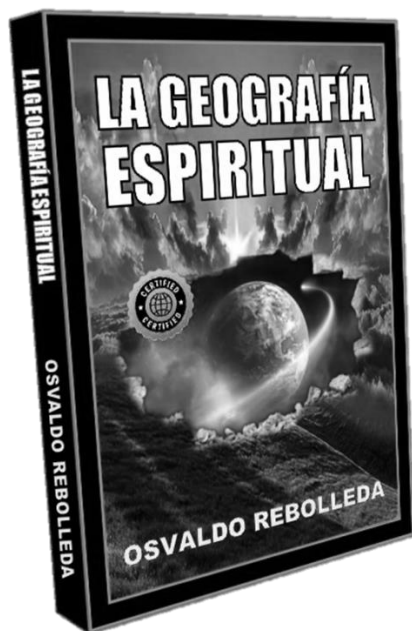


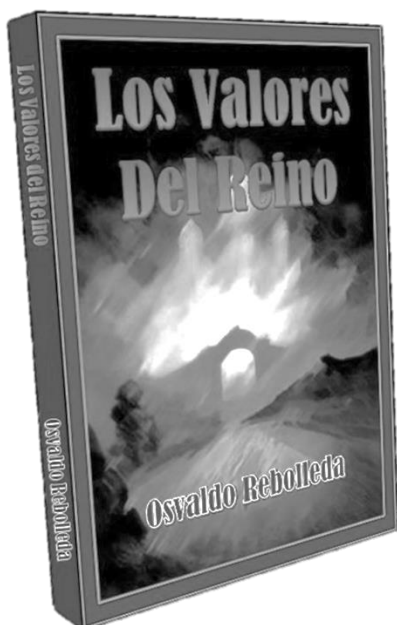
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

